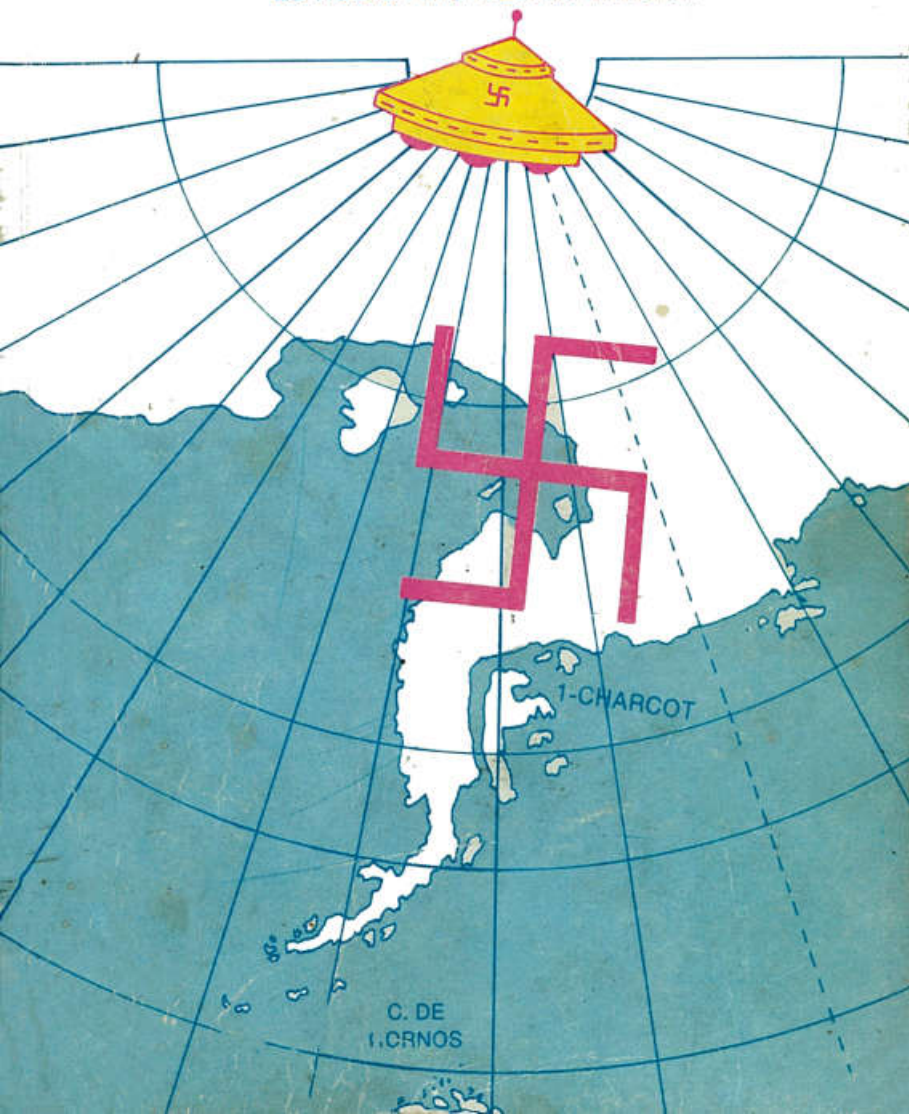


JOSÉ MIGUEL VILLACURA VALENZUELA

BASE SUBMARINA SIGFRIDO

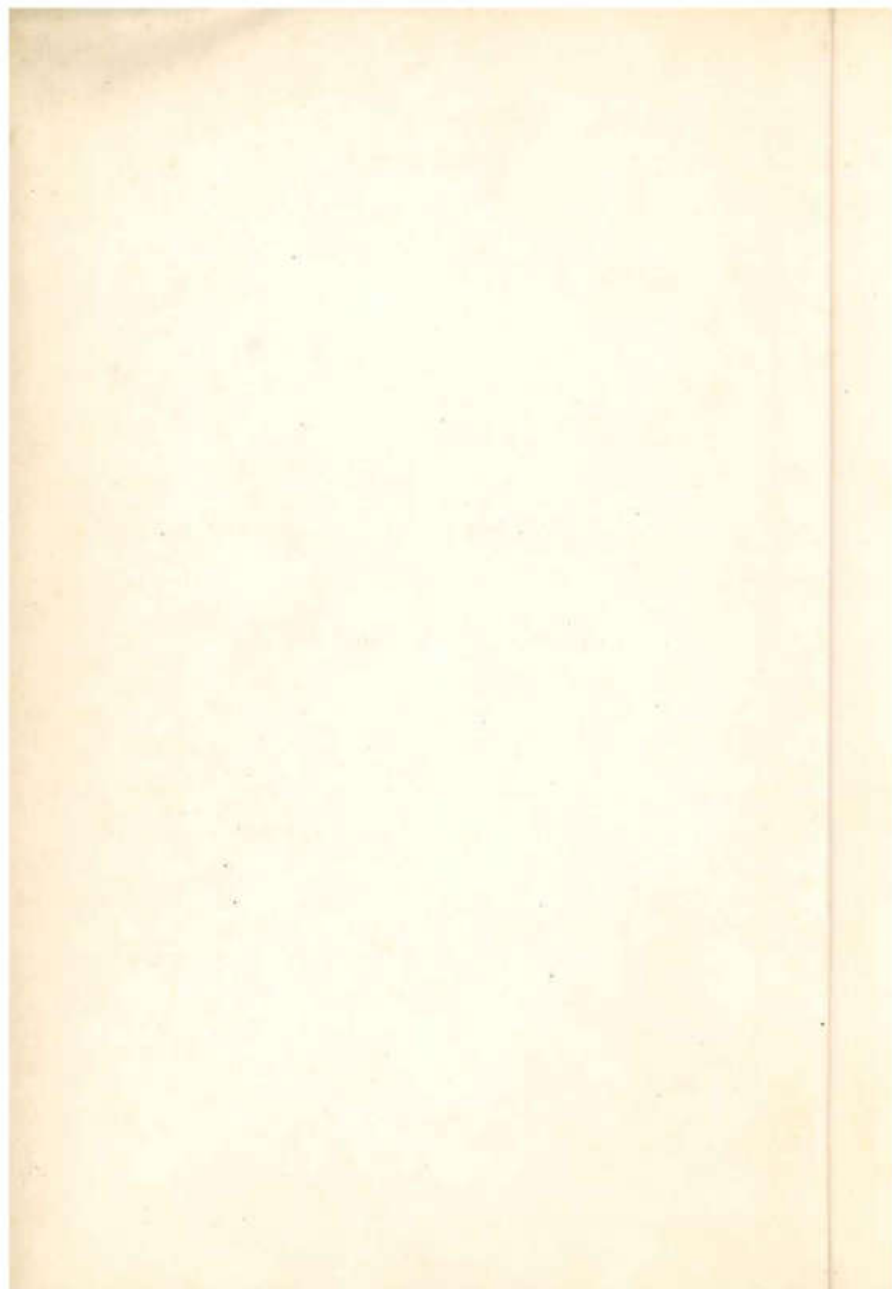
La Nueva Amenaza del III Reich



JOSÉ MIGUEL VILLACURA VALENZUELA

BASE SUBMARINA SIGFRIDO

La nueva amenaza del III Reich



CON CARÍÑO

A MI BIENAMADA ESPOSA

MARÍA IRIS CARRASCO GONZÁLEZ

Y QUERIDOS HIJOS

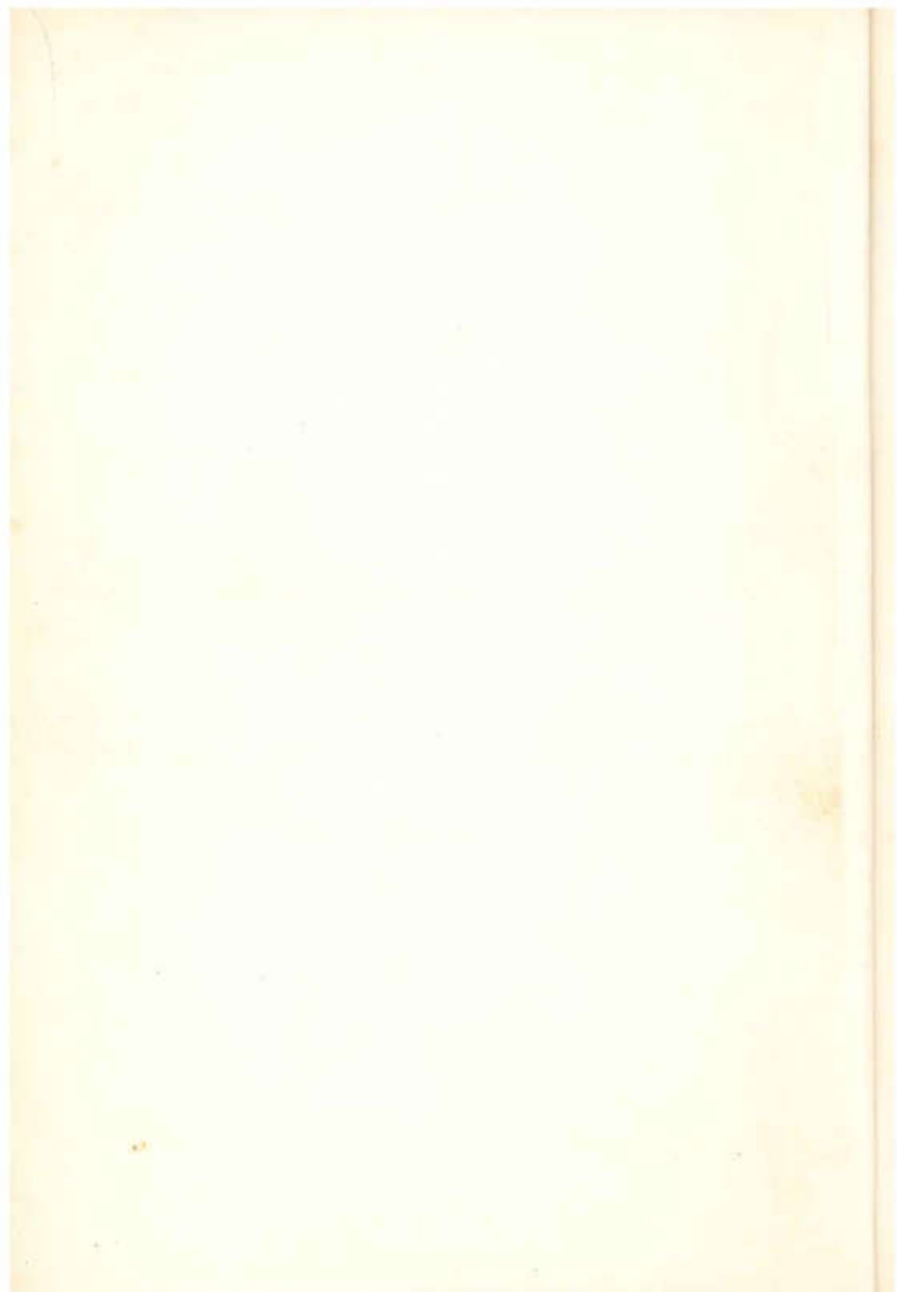
JOSÉ ALBERTO

LUIS MIGUEL

JOSÉ ARTURO

"Aunque muchas cosas sean demasiado extrañas para creerlas, nada lo es tanto para que no puedan haber sucedido".

THOMAS HARDY



Presentación:

Me llamo Omar Pedraza.

Muchos proyectos tracé para mi futuro desde que era niño y hasta la edad adulta, pero jamás pensé siquiera en ser escritor, ni mucho menos. Jamás soñé en que un día estaría afanándome en escribir algo.

Pienso que el escritor nace para ser escritor, con ese don maravilloso que lo acompaña desde la cuna. Tarde o temprano lo descubre y entonces no tiene más que explotarlo. Sin embargo, hasta ahora, no he descubierto en mí tal don y no creo que sea ésta la oportunidad.

Es cierto que me atrae la literatura, pero la literatura creada por otros, por supuesto. Los libros me fascinan desde que aprendí a leer. Mis ratos de ocio los dedico a la lectura y es por ello que en todo momento y lugar siempre me hago acompañar por alguno de mis libros favoritos. En la quietud de la noche, antes de dormirme, me sumerjo en las profundas y riquísimas páginas de la Biblia, para revitalizar mi espíritu.

Son incontables los libros que he leído y con todos he disfrutado de su contenido, pero nunca he intentado escribir algo. Y estoy seguro que no sirvo para hacer literatura. Sin embargo, una circunstancia jamás soñada ni imaginada me obligó a empuñar la pluma.

Me vi forzado a escribir, aunque en un principio me resistí.

Fue la aparición de aquel extraño y misterioso personaje y los hechos fantásticos que se desarrollaron a partir de ese momento, lo que me llevó a trasladar al papel la más increíble historia jamás contada.

Esta historia fantástica bien pudo haber quedado archivada en el olvido, perdida en la inmensidad del tiempo, sin que ser humano alguno, aparte de sus protagonistas, pudiera haberle conocido un ápice siquiera, puesto que hasta las mismas evidencias serían invisibles y carentes de sentido al conocimiento y ojo humanos, al no contar con una narración escrita, ordenada y coherente.

A quienes se interesen por leer estas líneas, debo pedirles benevolencia por mi tosco estilo. Estoy más acostumbrado a leer que escribir. Quizás los libros, para despertar interés, requieran de las galas y floreos propios de la literatura. No tengo autoridad para elucidar este delicado problema de alta crítica, pero sin embargo, creo que para narrar una historia real, por extraordinaria que ella sea, no es indispensable recargarla con el pesado ropaje de una vana elocuencia. Los libros escritos en lenguaje sencillo se entienden mejor.

La historia que ahora van a conocer, jamás se cruzó por mi mente con anterioridad al encuentro con aquel misterioso personaje, en la plaza de armas de aquella ciudad de provincia, y estimo que hasta el soñador más agudo es incapaz de concebirla -sin ánimo de ofender a nadie, por supuesto-. Cuando la viví, en un principio pensé que se trataba de una pesadilla de horror, sin fin, pero a medida que transcurría el tiempo, me di cuenta que era una realidad.

Convencido entonces de la fantástica realidad y habiéndome convertido de la noche a la mañana en el poseedor de un terrible secreto, tuve que doblegarme a los ruegos de mi conciencia, después de intentar varias veces de acallarla y me decidí a escribir los hechos en los cuales fui protagonista sin quererlo.

Una vez que tomé la decisión de escribir esta historia, tuve que aclarar primeramente una serie de interrogantes, realizar mil comparaciones, indagar en diversos libros de historia y geografía, en libros técnicos y científicos, consultar con eruditos en diversas ciencias, recorrer algunos puntos geográficos y estudiar determinados fenómenos, para demostrar que todo lo que aquí se narra, no fue un sueño ni algo parecido. Basado en lo anterior, entrego estas líneas a la discusión de los lectores.

Finalmente, creo necesario señalar que los hechos aquí narrados, ocurrieron en días y horas en que la humanidad entera vivía su cotidiano quehacer, sin sospechar siquiera que allá muy abajo, en las más profundas entrañas de un mundo desconocido, se sucedían acontecimientos increíbles, fantásticos y terroríficos.

La agonía de Berlín:

Antes de iniciar la narración de esta alucinante historia, es necesario retroceder en el tiempo, hasta fines del mes de abril del año 1945, para asistir al derrumbe del III Reich, que lucha desesperadamente para sobrevivir, acosado en todas partes por enormes y poderosos ejércitos aliados.

Estamos en Alemania, más precisamente en Berlín. El desenlace final se acerca a pasos agigantados. Son los últimos días de Berlín, la otrora orgullosa ciudad, que pretendió llamarse "Germanoia", según asegurara Martín Bormann en sus conversaciones, si es que la victoria era favorable a las armas del III Reich; pero no sucedió así y ahora, convertida en el cementerio de Adolfo Hitler, se prepara para la última batalla.

La agonía de Berlín es la agonía de la Alemania nazi o, mejor dicho, la agonía de Hitler y sus seguidores: "El Reich del milenio", que apenas rasguñó el cuarto de siglo. Al menos así piensan los historiadores modernos.

Hacia el este, en la margen opuesta del Oder, tres millones de soldados rusos esperan la orden superior para lanzarse al ataque final, como lobos hambrientos, sedientos de sangre y venganza, para triturar a la ciudad agonizante. Veinte mil bocas de cañones están listas para vomitar su cuota de muerte, que rasgará hasta las entrañas de la tierra, en busca de la vida, para aniquilarla. Son dirigidos por los Mariscales Georges Zhukov e Iván Koniev. Todos esperan, en silencio, atentos al pasar de los minutos. En breves instantes se desencadenará el infierno.

A Berlín lo defienden la Tercera División SS. del General Steiner; el XII ejército del General Wenk, el IX ejército del General Busse y un III Cuerpo Blindado de las SS. Aparentemente estas fuerzas son impresionantes; sin embargo, la verdad es que son sólo numéricas, con escasa efectividad combativa, pues están formadas sólo por restos de las que fueron antes las invencibles divisiones que, a partir de 1939 y hasta 1943, hicieron temblar la tierra por donde pasaron y dejaron pasmado al mundo entero. La formidable Wehrmacht es ahora sólo un puñado de viejos soldados aniquilados, lisiados, derrotados y también de niños inocentes, cachorros aún, que se enfrentarán con tropas aguerridas, poderosamente armadas y apertrechadas. En resumen, son algo más de trescientos mil hombres, en contra de tres millones de soldados de uno de los ejércitos más poderosos de la tierra.

La artillería rusa inicia la batalla final lanzando un diluvio de fuego. La ciudad de Berlín pareciera que es levantada de su sitio por manos gigantes y sacudida con violencia. Tiembla la tierra; los pocos edificios que aún permanecen en pie son pulverizados y el ruido ensordecedor de las explosiones transforma el lugar en la antesala del infierno. Se suceden los incendios y por doquier caen los proyectiles de todos los calibres, desde el de 75 mm., pasando por los monstruosos de 155 mm., hasta los terribles rockets de las famosas "Katiuskas", los "órganos de Stalin", como las llaman los berlineses, debido al ruido aterrador que producen en el aire y sus horrorosos efectos al caer. Durante las noches, si alguien puede alzar la vista hacia el este de la ciudad, podrá apreciar que un verdadero

cinturón rojizo rodea a Berlín. Es la artillería rusa en plena actividad, que martillea sin cesar.

La situación no puede continuar y el resultado no puede ser otro que la rendición o la destrucción total. Ya nada ha impedido que los rusos rebasen el Oder y se infiltren por los suburbios de la ciudad.

Hitler permanece aún en la ciudad, en su "bunker", aferrado aún a la remota posibilidad que los dioses salven a la Alemania nazi, esperando que Sigfrido realice el milagro de transformar la derrota en victoria. Es el sueño de un afiebrado, que quiere vivir mil años, junto con su III Reich. Aún salen al aire proclamas difundidas por la radioemisora "Deutschlandsender", pero ya nadie las escucha, porque todos piensan únicamente en sobrevivir y nada más; el futuro es incierto y terrible.

La bandera roja con la hoz y el martillo ondea ya en lo alto del Reichstag. Gruesos proyectiles muerden la granítica estructura del "bunker:", donde Hitler se reúne por última vez con los suyos. Están allí, entre otros, su lugarteniente Martín Bormann; además, una hermosa mujer, Hanna Reitsch, piloto de pruebas y también la fiel y no menos bella Eva Braun. Hitler ha tomado la decisión de autoeliminarse, junto a su amada Eva Braun y ello sucede el 30 de abril de 1945.

El 1 de mayo de 1945, pasado el mediodía, el "bunker", que parecía inexpugnable, arde por sus cuatro costados. Ya se escucha el repiqueteo de las ametralladoras rusas. Es el momento en que huyen los sobrevivientes. Sólo quedan allí los Generales Krebs y Burdof y el Jefe de las SS. Schedle, los que tras emborracharse, ponen fin a sus vidas.

Los que huyen forman dos grupos. En el primer grupo están el general Mhonke, el embajador Hewel, el almirante Woss, el primer piloto de Hitler, Bauer, y varias mujeres. El segundo grupo lo integran Martin Bormann, Neumann, Arthur Axmann, jefe de la "Hitlerjugend", el doctor Stumpfegger y el segundo piloto, Beetz. En la Invalidenstrasse fue encontrado posteriormente el cadáver de Bormann, según Axmann. En el "bunker", según los rusos, fue encontrado el cadáver calcinado de Hitler.

Es en los momentos en que cae el telón sobre Berlín, cuando nacen dos leyendas: Tanto Hitler como Bormann viven aún o sobrevivieron a la guerra. La leyenda se inicia, al parecer, con una película soviética "Izaron las banderas de la victoria", en que en una secuencia de treinta segundos, tomada después del ingreso de los soldados rusos al "bunker", aparece Hitler con el cabello negro, más joven que en las últimas fotografías y sin mostrar ninguna herida en el rostro. Se ha discutido hasta la saciedad si esta muestra es auténtica o falsa. El desborde de la fantasía fue inevitable y muchos empezaron a imaginarse a Hitler oculto, rodeado de un puñado de fieles. Creen en una fuga desde el Berlín asediado, organizada por el Coronel General Barón Von Greim y la aviadora de pruebas Hanna Reitsch, una bellísima mujer, la última Walkiria, que en una avioneta le habrían llevado a un lugar desconocido aún, burlando a la artillería antiaérea rusa.

Similar y no exento de fantasía es el caso de Martin Bormann. Hasta hoy, lo único que se sabe es que su cadáver habría sido descubierto en la misma ciudad de Berlín; su muerte, al parecer, se habría producido por

envenenamiento, para evitar caer en poder de los rusos, según lo asegurado por Arthur Axmann, que le sobrevivió.

Con la caída de Berlín y la rendición de Alemania, desapareció el III Reich. En algún lugar del suelo germano, Sigfrido tocó su flauta mágica, lanzando al infinito una melodía triste, anunciando el ocaso de los dioses. ¿Es que el III Reich estaba formado por dioses?...

Durante la guerra, Hitler había amenazado con el empleo de terribles armas secretas, con las cuales esperaba liquidar a sus enemigos y cambiar el curso de los acontecimientos; sin embargo, sólo alcanzó a disponer de las llamadas bombas voladoras V.1 y V.2. Inglaterra fue el país que más conoció el desastroso efecto de estas nuevas armas, las que eran disparadas desde plataformas instaladas al otro lado del Canal de la Mancha.

Aun cuando los efectos de estas armas fueron casi nulos desde el punto de vista militar, asombraron y aterrorizaron al mundo por los destrozos que causaban. Otra habría sido la Historia de la Humanidad si tales proyectiles hubieran llevado una carga nuclear, porque es necesario hacer presente que los Alemanes trabajaron con la fórmula secreta de la bomba atómica, pero no alcanzaron su objetivo, vencidos por el tiempo y por la falta de los elementos esenciales.

Finalizada la contienda, el mundo pudo enterarse con pavor que los alemanes tenían en proyectos otras armas, las que sólo quedaron en el papel, pues nunca se trabajó en ellas; así, por ejemplo, se supo de la idea de construir un tanque de mil toneladas; un gigantesco cañón capaz de

lanzar proyectiles de 3 toneladas a más de cien kilómetros de distancia; un barco mixto, de superficie y sumergible, con pista de aterrizaje para despegue de aviones, es decir, un portaaviones enorme, capaz de sumergirse; enormes submarinos destinados a transportar y lanzar desde cualquier punto del océano las bombas voladoras V.1. y finalmente, la bomba atómica, en la cual trabajaron, pero sin alcanzar a completarla, por falta de tiempo y elementos, como ya se dijo anteriormente.

Otra leyenda nació en torno a las misteriosas armas secretas alemanas; para algunos sólo fue una fantasía; para otros fue una realidad, limitada solamente por el tiempo y las circunstancias.

Las naciones vencedoras, especialmente los Estados Unidos de Norteamérica y la Unión Soviética, se lanzaron en una frenética caza de científicos alemanes, para aprovechar sus conocimientos y experiencias. No obstante, se sabe con certeza que muchos lograron escapar con rumbos hasta hoy desconocidos.

El comienzo:

La historia fantástica jamás contada que pretendo narrar en esta líneas, comenzó hace dos años.

Sí, hace exactamente dos años, en un día como hoy, a mediados del mes de julio, cuando el invierno se hacía sentir en toda su intensidad, la aparición de aquel extraño personaje, narrando una historia insólita y fantástica, conmocionó un vasto sector de la tranquila ciudad provinciana, ubicada en la zona central del país.

La lluvia se había abatido sobre la ciudad durante toda la noche, pero a esa hora de la mañana, su intensidad había decrecido notablemente, las calles, empero, presentaban el aspecto característico de una ciudad en pleno invierno: calles inundadas por cuyas veredas se mueven paraguas de todos los colores; alcantarillas que se hacen insuficientes para tragar tanta agua y basura al mismo tiempo; árboles que, habiendo sido despojados ya largo tiempo del manto de hojas que los cubría, muestran ahora sus desnudos troncos y ramajes color café chocolate, chorreando agua. El ambiente, impregnado de humedad, parecía haberse pintado de gris.

Como el día era festivo, mucha gente se vio obligada a permanecer en sus casas. La lluvia, quizás sin quererlo, hacía más hogareño al hombre, más unido a los suyos y más amante de su hogar.

Desde una ventana de mi habitación observé el gris paisaje que se ofrecía a mi vista. Me agradaba ver llover, porque la lluvia me traía recuerdos de mi niñez y porque,

tal como lo aseguran los poetas, ayuda a la meditación, a la paz del espíritu y a la poesía. Dirigí una mirada hacia la cercana vía férrea que por allí divide en dos a la ciudad. Pese a la lluvia, aún resaltaba el brillo reluciente de los rieles, pulidos por el eterno ir y venir de los trenes.

Desde el lugar en que me encontraba recordé mi niñez, cuando tomado de la mano segura de mi madre, crucé aquella vía férrea en otros puntos y en diversas ocasiones; recordé las antiguas locomotoras a vapor, hoy desaparecidas ya largo tiempo, con sus gruesas chimeneas ennegreciendo el cielo con su humo espeso y cargado de hollín; recordé el viejo tren de trocha angosta que hasta hace poco unía la ciudad de Curicó con la localidad de Licantén, situada muy cerca del litoral; cuando niño viajé muchas veces en aquel romántico medio de locomoción y me entretenía escuchando el constante chirriar de las ruedas cada vez que mordían el duro riel, en las innumerables curvas pronunciadas de la vía férrea, la que en varias partes corre muy apegada al río Mataquito. Hermosos paisajes se podían apreciar en aquel trayecto, en que el tren avanzaba orillando el río, por entre numerosos valles fértiles, entre cerros de suave lomaje, en cuyas cimas y laderas la naturaleza bondadosa ha plantado de preferencia espinos, litres, boldos y pataguas y el hombre ha agregado los pinos, para el uso industrial y la reforestación. Pequeños y pintorescos poblados van apareciendo a medida que avanza el tren: Quilpoco, Palquibudis, La Huerta, Hualané, hasta llegar a Licantén, pueblos que basta conocer una sola vez y ya jamás se borran en el recuerdo.

Maquinalmente tomé un libro desde mi biblioteca y de pie, junto a la ventana, empecé a hojear sus páginas. Sin darme cuenta, a poco rato me había enfrascado en la lectura y mi imaginación volaba por las candentes arenas del Egipto de los faraones, en las orillas del legendario río Nilo, hurgando en milenarios monumentos de piedra, que por siglos han desafiado el paso del tiempo.

Mi afición a la lectura es conocida por toda mi familia, por mis amigos y por la gente que me conoce, afición que mantengo desde niño. Leo con agrado cualquier libro que esté al alcance de mi mano y el día que no leo algo, lo considero como perdido. Gracias a esto he adquirido una respetable cultura, que me sirve para abordar con cierta seguridad cualquier tema que se me presente en cualquier circunstancia.

Unos golpes dados a la puerta me sacaron bruscamente de la lectura. Abrí y allí, en el antejardín, bajo la persistente lluvia, protegido por su paraguas y un largo impermeable, estaba mi vecino.

- Vecino -me dijo-, vengo desde el centro de la ciudad y le traigo una noticia que recogí y que creo le va a erizar los cabellos. Esta noticia ocurrió esta mañana y como sé que Ud. es un hombre que lee mucho, pienso que lo que le voy a narrar le interesará.

- Encantado vecino -le respondí-. Pero, por favor tenga la bondad de pasar, adelante.

Sin esperar respuesta, tomándolo de un brazo, lo introduje rápidamente en mi casa.

Nos ubicamos precisamente en el cuarto donde momentos antes me encontraba leyendo, ofrecí un trago al visitante, que aceptó gustoso debido a la lluvia que ya le había hecho sentir sus efectos y cuyas consecuencias se podían apreciar a simple vista, tanto en sus ropas como en su rostro empapado.

- Bien, vecino, cuénteme de que se trata su información -le rogué, una vez que hubo sorbido un largo trago del coñac que le había servido.

- Sr. Pedraza -empezó-, lo que le voy a contar no sé como lo tomará, pero estimo necesario que lo conozca y después verá si lo cree o no.

- Adelante -le repliqué-, por favor, cuénteme su historia.

- Bueno -continuó-, hoy fui temprano al terminal de buses que existe en las cercanías de la Estación de Ferrocarriles, con el fin de reservar unos pasajes para el día de mañana, porque voy a salir de la ciudad. Cuando llegaba a dicho lugar, me llamó la atención un grupo de personas que se arremolinaban frente a las puertas de un restaurante. Dominado por la curiosidad, me acerqué hasta el punto donde se reunía la gente, para conocer el origen de aquella concentración, que ni la lluvia era capaz de disolver. Grande fue mi sorpresa cuando comprobé que el centro de la atención lo constituía un hombre alto, rubio, delgado, de unos 40 años, vestido con un oberol color azul, un tanto raído y sucio, con gruesas botas, de estilo militar, bastante descoloridas. En toda su vestimenta no se apreciaba ninguna

insignia o distintivo. Su rostro, pese a que no conocía la navaja desde hacía varios días, según se podía apreciar, demostraba nobleza y un origen superior que lo hacía distinguirse. Mayor fue aún mi sorpresa, cuando el hombre habló a los presentes; lo hizo en un español que reflejaba un marcado acento extranjero. Todos lo escuchaban con curiosidad. Pero donde mi sorpresa no tuvo límites fue cuando le oí decir que era un piloto de guerra alemán, al servicio de Adolfo Hitler y que se había escapado de una base naval secreta, desde el fondo del mar. Solicitaba ayuda y protección para poder llegar hasta las localidades de Parral o San Javier, donde esperaba encontrar refugio, pues decía que con toda seguridad la Gestapo andaría tras sus pasos, para capturarlo y devolverlo a la Base. Esto lo repetía una y otra vez

Finalmente los que estaban allí reunidos, después de mirarse unos a otros y moviendo la cabeza, se retiraron del lugar, haciendo gestos que daban a entender que aquel extraño estaba completamente chiflado. En consideración al frío reinante, propio de la estación del año y a la lluvia que se dejaba caer, el dueño del restaurante, para dar por finalizada la escena, ofreció al extraño un enorme jarro de vino, que aceptó con grandes muestras de agradecimiento. Antes de retirarme, pregunté a uno de los pocos curiosos que habían quedado, respecto a la forma en que había aparecido por allí el extraño personaje. El consultado me informó que según había oído, cuando viajaba en un vagón de carga, en calidad de polizonte, fue descubierto e invitado a bajarse en la Estación de Ferrocarriles de Curicó; ésa habría sido la causa por la cual apareció en esta ciudad, sin posibilidades de poder continuar hacia el sur. ¡Qué le parece la noticia, vecino!

- Curiosa, por supuesto -le respondí.

- Pero, ¿cuál es su opinión al respecto? -me interrogó.-
¿Qué piensa de este hecho?

- ¡Qué quiere que le diga -le respondí-, si sólo conozco lo que Ud. acaba de contarme! Necesito más detalles para formarme una idea, tanto del personaje como de lo que dice. En todo caso creo todo lo que Ud. pudo ver y oír, pero no así lo que contó el extraño. Habría que conocer la causa por la cual ese hombre curioso inventó ese cuento, admirable por cierto, pero muy fantástico. Es una historia de ciencia ficción.

- En realidad -puntualizó mi vecino-, no pretendo que Ud. crea lo que aquel hombre dijo. No, porque yo tampoco lo creo; ni aunque estuviera loco podría creer tamaño embuste. Si se lo conté a Ud., lo hice movido más que nada porque la consideré un hecho curioso y porque me llamó mucho la atención la capacidad del sujeto para inventar tal patraña.

- Sí, es verdad, es un hecho realmente curioso. Yo le agradezco su gentileza por haber concurrido de inmediato a contármelo. Me gustaría que más adelante nos reuniéramos nuevamente, con más disponibilidad de tiempo, para que conversemos sobre este hecho y otros temas de interés y que están en actualidad. ¿Qué le parece vecino?

- Encuentro brillante la idea, Sr. Pedraza -me respondió en el acto-. Es cosa que nos pongamos de acuerdo; eso nos servirá para acortar las horas y los días y para aprender muchas cosas interesantes.

El hombre se sirvió el último trago y alargándome su mano, me pidió que lo encaminara hasta la puerta de calle. Allí nuevamente le reiteré mis agradecimientos por su información.

Y así, agradecido, volví a mi cuarto, para continuar con la lectura que había interrumpido momentos antes.

Sin embargo, cuando quise continuar con la lectura, no pude concentrarme en lo que leía. Varias veces lo intenté, sin lograrlo. Dejé finalmente el libro sobre un estante y procuré distraerme en otra actividad, pero tampoco lo logré. Es que no podía borrar de mi mente lo que me había contado mi vecino. Lo que en un principio me pareció un cuento infantil, ahora me estaba provocando la más viva curiosidad. A la luz de los hechos narrados por mi vecino, una serie de interrogantes empezaban a tomar cuerpo en mi cerebro: ¿Por qué el extraño pretendía llegar hasta Parral o San Javier con tanta ansiedad? Precisamente, en las cercanías de Parral existe una Colonia Alemana. El personaje hablaba español, pero con marcado acento extranjero, según dijo mi vecino. ¿Sería alemán, quizás? ¿De dónde sacó ese cuento de que se había escapado de una base submarina? ¿Lo leyó, se lo contó alguien, se trataba de un loco, un demente, un drogadicto, un germanófilo en extremo? ¿Por qué su versión guardaba cierta similitud con tantas leyendas que se han tejido en torno a la existencia de fabulosas ciudades submarinas? ¿Por qué el hombre mencionó a Hitler? ¿Se trataba de una persona culta o ignorante? Todo era muy extraño y curioso, aun cuando se tratara de un caso ridículo.

Quise olvidar el hecho, pero al poco rato pude darme cuenta que lejos de rechazarlo, ahora me sentía atraído por el mismo y las interrogantes empezaban ya a tomar forma de desafío, con su respectiva cuota de fascinación. Pero, ¿dónde podría encontrar las respuestas?.

Después de pasearme en mi cuarto repetidas veces, llegué a la conclusión que las respuestas sólo podía encontrarlas en el mismo personaje que provocó las interrogantes. Para ello era preciso que lo ubicara y conversara con él.

Rápidamente tomé mi desayuno y sin contar a nadie mi decisión, por temor al ridículo, premunido de paraguas e impermeable, salí a la calle, en dirección al centro de la ciudad, sin importarme para nada la lluvia que caía en forma persistente y mojadora. Por doquier oía el tic tac de las gotitas de lluvia. Para evitar los grandes charcos de agua, opté por caminar por la vía férrea. Caminé un largo trecho por dicha vía, deteniéndome en algunos puntos para recrear la vista con el paisaje especial que por allí se presentaba: los troncos color café oscuro y mojados de los árboles cercanos; las zarzamoras con sus hojas relucientes, chorreando agua; los postes del cierre de alambrada que separa el espacio fiscal perteneciente a la Empresa de Ferrocarriles, carcomidos por el tiempo y la humedad. En el cielo, desfilando lentamente, negros y enormes nubarrones, semejantes a monstruos antidiluvianos, bombardeando la tierra con el agua almacenada en sus vientres descomunales.

La lluvia, pese a su gran poder destructor y a la crudeza con que oscurece los paisajes, es también bien

hechora y posee su propio encanto mágico. Si la estudiamos con cierta atención, descubriremos que ella es la encargada de descorrer el telón del follaje otoñal amarillo y rojo, formado por el reino vegetal durante la primavera y el verano, permitiéndonos ver un mundo diferente, más desnudo y real, pero igualmente vivo y rico en poesía.

Así, entretenido y embriagado por este mágico panorama, llegué sin darme cuenta hasta la Estación de Ferrocarriles, antes grande y alegre y hoy, melancólica y un tanto abandonada, en medio del fuerte temporal de agua y viento. Sólo algunos pasajeros esperaban a esa hora en los andenes la llegada de un próximo tren. La estación estaba mojada, manando agua por todas partes.

Salí del recinto y rápidamente me dirigí hacia mi objetivo, que era el restaurante que me había indicado mi vecino, el que divisé a lo lejos.

Ya en la puerta del local, fui asaltado por una serie de interrogantes que me hacen titubear unos instantes: ¿Qué me había llevado hasta ese lugar?; ¿acaso no estaba cayendo en lo ridículo, contagiado por un hecho tan infantil, carente de toda seriedad?; ¿por quién me tomarían? Éstas y muchas razones acudieron a mi mente, pero finalmente pudo más la curiosidad, ya que mi voluntad fue ganada desde el primer instante en que oí el pintoresco caso y, resuelto, me acerqué hasta el mostrador, donde fui atendido por un hombre alto, algo canoso, quien me indicó que el desconocido o "gringo" como ya le habían apodado, se había retirado hacía poco rato, con rumbo desconocido. Sonriente me informó lo mismo que yo ya sabía por boca de mi vecino, agregando sí, que el "gringo" había dicho que

había viajado en una nave espacial o "platillo volador", antes de abordar el tren carguero que lo dejó en Curicó. Ante este nuevo antecedente aportado por el mesonero, lo único que atiné a decir es que se trata de un demente y dando las gracias, abandoné el recinto.

Recorro las calles de la ciudad, una por una, con la vana esperanza de encontrar al misterioso personaje, pero al cabo de un buen rato, cansado y mojado por la incesante lluvia, decepcionado, abandonó la búsqueda.

Regreso a mi casa, silencioso, temeroso de ser interrogado por mi salida, pero felizmente nada sucede. Perdí la oportunidad de interrogar a un loco.

Fue entonces, en la soledad de mi habitación, cuando me di cuenta que aquel extraño personaje, a quien conocí sólo por las señales proporcionadas por mi vecino, había pasado a convertirse en el tema de todas mis pesadillas y sueños.

Al día siguiente renové la búsqueda por toda la ciudad. En forma discreta practiqué averiguaciones pero en cada lugar consultado me informaron que lo habían visto salir con rumbos desconocidos, ignorando otros antecedentes. Como me doy cuenta que a estas alturas ya estoy llamando la atención a la gente consultada, la que seguramente piensa que existe alguna relación entre el "gringo" y yo, con el fin de no pasar por loco, decidí suspender definitivamente toda búsqueda e investigación. En esta decisión me ayudó también el convencimiento que el personaje misterioso ya había encontrado solución a su inquietud y en esos momentos ya debería estar en Parral o sus alrededores.

En los días que siguieron a aquel incidente, nada nuevo ocurrió relacionado con el mismo y pronto todo quedó en el olvido. La alucinante historia se había esfumado en el tiempo, en la misma forma que lo hacen las volutas del humo del cigarrillo en la tempestad.

El misterio de los OVNIS:

Una radioemisora local dio una noticia poco común en la apacible ciudad provinciana: OVNIS en Curicó.

Se trataba de ciertas luces misteriosas que habían sido vistas como flotando en el aire, a muy poca altura, en las cercanías de una gran planta industrial, al sur de la ciudad. Las personas que tuvieron el privilegio de ser testigos de esta visión, llamaron a una radioemisora y así, pronto gran parte de su audición estuvo alborotada, con la vista clavada en las estrellas, escudriñando el cielo infinito. Durante tres noches continuadas, la gente curiosa esperó pacientemente, horas y horas en las afueras de sus casas, con la esperanza de presenciar algún fenómeno cósmico. Sin embargo, nada ocurrió y todo quedó en conjeturas.

Quizás uno de los enigmas más grandes que enfrenta el hombre moderno lo constituye el "fenómeno OVNI", es decir los llamados objetos voladores no identificados. Infinidad de teorías se han dado al respecto, pero ninguna logra penetrar el velo de misterio que rodea tales manifestaciones.

La aparición de los objetos voladores en distintos puntos de la tierra, por carecer de una explicación científica, muchas veces ha sido calificada por la ciencia como una fantasía o una alucinación, aunque los fenómenos sean irrefutables. Pareciera que el hombre se niega a creer lo que

ven sus ojos. Sin embargo, el fenómeno es físico y está allí, vivo y real, como desafiando a la inteligencia humana.

Es necesario tener presente que el hombre fue biológicamente acondicionado para mirar solamente el suelo que pisa y sus contornos inmediatos, pero no el firmamento o el mar profundo. Despliega sus actividades en la cuarta parte de su planeta, quedando, por naturaleza, fuera de su mirada, las otras tres cuartas partes de la bóveda celeste y que corresponden a los océanos.

De la superficie total de la tierra, 361.2 millones de kilómetros cuadrados son ocupados por los mares. Se dice que los OVNIS bien podrían utilizar como base de operaciones las profundidades de los océanos, en el caso de venir desde el espacio o, lo que se cree con bastante fundamento, simplemente provenir desde los abismos insondables del mar.

Una de las teorías nacidas últimamente supone el origen de los OVNIS como terrestre y no extraterrestre. Para ser más preciso, supone que su origen es marino y sus tripulantes serían seres pertenecientes a una avanzada civilización humana, oculta en alguna fosa abisal. Basan su creencia en el testimonio de los testigos de tales fenómenos, que en la mayoría de los casos los ven desplazarse en dirección al mar, hasta perderse o en otras, sumergirse en sus aguas.

La aparición de estos objetos volantes pareciera que comienza en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial. Existen testimonios que señalan que en algunas

ciudades alemanas, cada vez que iban a ser atacadas por la aviación aliada, se dejaban ver en el cielo misteriosas señales luminosas, como avisando a sus habitantes del peligro que se cernía sobre ellos. Este fenómeno se repitió en varias oportunidades. ¿Es que los OVNIS simpatizaban con los alemanes?

En los años posteriores a la Segunda Guerra mundial, los OVNIS han sido vistos en diferentes puntos del globo terráqueo, pero mayoritariamente en los Estados Unidos de Norteamérica y la Unión Soviética, las dos grandes potencias vencedoras de la Alemania de Hitler. En estos últimos años su presencia también se ha acentuado en los países de América del Sur, especialmente Brasil, Argentina y Chile.

Otros estudiosos de este fenómeno creen que los OVNIS no son patrimonio exclusivo del siglo XX, sino que su existencia se pierde en la bruma del tiempo, hasta mucho más allá de la visión de la Historia. Atribuyen a inteligencias extraterrestres la construcción de los grandes monumentos desparramados en diferentes partes de la tierra, que han vencido al tiempo y hoy causan el asombro del hombre moderno: las pirámides de Egipto, las terrazas de Balbeck en el Líbano, Machu-Pichu, Tiahuanaco, Chichen-Itzá, Uxmal, Teotihuacán y los enigmáticos moais, en América, sólo para citar algunos casos. Creen ver en varios pasajes del Ramayana y los Vedas, libros sagrados de la india milenaria, la presencia de extraterrestres y sus naves portentosas.

Del mismo modo, otros creen encontrar la repuesta al misterio de los OVNIS en determinados puntos geográficos

del globo terrestre. Entre éstos el que más sobresale es, sin lugar a dudas, el denominado "Triángulo de las Bermudas", en el Océano Atlántico, en el cual a menudo se producen hechos inexplicables y extraños que trastornan el tiempo y el espacio y a los cuales la ciencia moderna no es capaz de encontrarles una explicación lógica.

Al llamado "Triángulo de las Bermudas" le sigue en importancia, en materia de misterio, el Polo Sur, con sus inmensas áreas inexploradas aún.

- Sr. Pedraza, ¿qué opina Ud. de los OVNIS?, ¿cree en ellos?, me preguntó uno de mis amigos, mientras bebíamos una cerveza en un local, en el centro de la ciudad.

- Yo no puedo asegurar su existencia con certeza. Tampoco estoy en condiciones de negarla. No obstante, estoy seguro que pronto el hombre encontrará la respuesta a esta interrogante. Soy partidario de la teoría que dice que los OVNIS, en el caso de existir, son terrestres, en razón a que hasta el momento no han dado ninguna muestra de agresividad o señales de querer dominar la tierra; más bien parecen proteger algún secreto. No puedo aceptar y considero totalmente absurda la creencia que señala su origen como extraterrestres, ya que el viaje de las Voyager I y II no encontró vida inteligente visible al menos en los planetas de nuestro sistema solar y, si la hay en alguna galaxia, aun cuando sea la más cercana, cuesta creer que una nave salga desde allí, recorra distancias siderales, casi imposible de abarcar con nuestra mente, sólo para venir a observar un diminuto planeta perdido en el espacio, sin otro objetivo más que un simple paseo por nuestra convulsionada tierra, huyendo de la mirada de los humanos.

El universo es, hasta el momento, infinito y el planeta tierra es un punto tan pequeño e insignificante, que apenas es visible en el sistema solar. Por eso repito, creo que los OVNIS son terrestres y vienen desde abajo, desde el... mar.

El encuentro:

En aquel mes de julio, el invierno entraba ya en su fase más terrible, aplastando campos y ciudades con grandes temporales de lluvia y viento, seguidos de significativos descensos de la temperatura.

Desde la alta cordillera bajaban las turbias aguas, bramando por las innumerables quebradas, para continuar después incontenibles a través de la llanura, aumentando desmesuradamente el caudal de los ríos, los que salidos de madre, inundaban los terrenos aledaños, convirtiéndolos en verdaderos lagos de color chocolate. El viento huracanado, tradicional compañero de la lluvia, arrancaba techos de viviendas, árboles y todo lo que estorbaba su paso.

La descomunal crecida de los ríos ofrecía un espectáculo de pavor. Varios puentes prácticamente habían sido tragados por las aguas y los que se salvaron, temblaban hasta en sus cimientos. Muchas localidades estaban aisladas, como consecuencia de las inundaciones, la caída de los árboles y postes telefónicos y por los derrumbes en los caminos. Centenares de damnificados eran socorridos por las municipalidades en improvisados albergues y en algunas partes ya se contaban víctimas de este furioso fenómeno de la naturaleza.

Y la tempestad continuaba, terrible y destructora, como si las cataratas del cielo jamás fueran a sellarse.

Mi casa, por estar construida en un terreno de cierta elevación, resistía ventajosamente todos los embates de la

naturaleza, razón por la cual no tenía mayores preocupaciones en este aspecto.

Habían transcurrido algunos días desde la aparición de aquel extraño personaje en la ciudad y ya casi me había olvidado del incidente.

Esa mañana lluviosa, después de desayunar, me dirigí hasta el centro de la ciudad, con el fin de realizar ciertas diligencias de índole particular.

Había calma en la ciudad. Calma engañosa. En algún lugar, varios pares de ojos buscaban afanosamente por todos los escondrijos, a saber: tabernas, locales comerciales, paseos públicos, barrios, sitios o edificaciones abandonadas y hasta por debajo de los puentes; en otro punto, alguien esperaba impaciente y angustiado, a la suerte que le tendría preparada el destino; esperaba y esperaba.

Sin embargo, el destino ya tenía dispuestos los hechos anticipadamente y en forma ordenada, con absoluto desconocimiento de los protagonistas.

Caminaba tranquilamente, concentrado en mis pensamientos, sin preocuparme de la lluvia, aspirando el ambiente húmedo. Así, casi sin darme cuenta, me encontré atravesando la plaza de armas, el principal y más hermoso paseo de la ciudad de Curicó.

La plaza de armas o Plaza República es una de las más hermosas entre sus similares a lo largo de todo el país. Está circundada por una armoniosa línea de gigantescas palmeras; en el interior de este cuadrado alzan sus copas al cielo las más diversas especies de árboles, tanto autóctonos

como extranjeros. Bellas estatuas blancas adornan las numerosas piletas de aguas cristalinas, que dan un atractivo cauvante a los jardines y prados que las rodean. En pleno centro de la plaza se ubica la piletta más profunda, la que es alimentada por un alto surtidor sostenido por estatuas femeninas color verde, a manera de cariátides, haciendo juego con las exuberantes plantas acuáticas que crecen en su base; una multitud de peces multicolores se mueven en sus aguas, convirtiéndola en el punto de mayor atracción de niños y adultos; pero sin lugar a dudas, lo que más atrae a los turistas son sus cisnes de cuello negro, que nadan majestuosamente en una alberca construida ex profeso. Estas hermosas aves proceden de la Laguna de Torca, ubicada en el litoral curicano, declarada "Santuario de la Naturaleza".

En uno de sus costados se levanta el tradicional kiosko u odeón de toda plaza chilena; éste es metálico, de dos pisos, de líneas esbeltas y de hermoso estilo francés, pintado color verde, como verde es todo lo que existe en esta plaza.

La plaza de armas de Curicó es hermosa. Siempre está limpia y muy ordenada, siendo su buena presentación el fruto de la preocupación constante de los curicanos.

Como no llevo prisa alguna, me detengo unos instantes para recrear mi vista en este oasis de belleza vegetal, verdadera maravilla de los curicanos, de la cual guardo tantos y bonitos recuerdos desde mi niñez. Pese a la crudeza del invierno y la violencia de los últimos temporales, se ve hermosa, con su atractivo mágico que le dan los frondosos árboles y alegres jardines; adentrarse en ella es como penetrar en un bosque encantado y del cual nunca se desea

salir. Todos sus árboles son de hoja perenne, lo que le permite mantener su verdor en toda época.

Debido a la lluvia, todo está mojado. Los escaños pintados de verde, están vacíos. Todo es silencio y sólo es perceptible el gotear de la lluvia que pasa a través del follaje, para caer al suelo formando charcos. Ni un alma se ve en este lugar; en realidad, sólo a un loco se le ocurriría permanecer allí, bajo la persistente lluvia, el viento y el frío. Sí, sólo a un loco.

- Amigo, un palabrita por favor.

El llamado llegó a mis oídos como un latigazo, que me sacó bruscamente del éxtasis en que me había sumergido momentos antes, ante la vista de tanta belleza vegetal. Pero... si estaba seguro que nadie andaba por allí. Quise continuar mi camino, pero un segundo llamado, ahora en tono suplicante y lastimero, me hizo volver la vista, para descubrir de donde procedía.

Un ligero estremecimiento me sacudió de la cabeza a los pies, cuando descubrí al autor del llamado.

Sentado bajo el kiosko u odeón había un hombre maduro, alto, fornido, vestido con un overol color azul, bastante maltrecho y sucio por el uso prolongado. Grandes botas descoloridas y cubiertas de lodo le protegían los pies del intenso frío y la lluvia.

Quedé sin aliento cuando pude comprobar que las características de quien me llamaba coincidían exactamente con las del desconocido o "gringo", según la descripción

que me diera mi vecino y a quien yo había buscado afanosamente días atrás. Sí, efectivamente estaba allí el misterioso personaje que me había quitado el sueño durante varias noches. Durante unos instantes, en los cuales pareció haberse detenido el tiempo, lo observé más minuciosamente y así pude hacer mis cálculos mentales: tendría unos 40 años de edad, ojos muy azules y cabello rubio oro, al igual que su barba rizada; manos grandes y nervudas, limpias y bien cuidadas. Su overol azul, de una sola pieza, se veía desgastado y sucio, dando la impresión que no lo mudaba desde hacía mucho tiempo. Un ancho cinturón de fibra, unido por una gran hebilla metálica le daba un cierto aspecto de uniforme militar. Ninguna insignia o distintivo se preciaba en su vestimenta, aunque daba la impresión que anteriormente las llevó, por algunas marcas que con detención aún era posible distinguir.

Al igual como me lo había señalado mi vecino, se notaba la nobleza de este hombre, pese a lo raído de sus vestimentas.

- ¿Qué desea amigo? -le dije, al tiempo que me acercaba lentamente hasta el sitio en que se encontraba.

- Señor, por favor -suplicó-, ayúdeme, por favor; tengo hambre, mucha hambre; ayúdeme por favor para comprar algún alimento, con lo que pueda. Yo se lo agradeceré mucho.

Inmediatamente me llamó la atención su marcado acento germano, aun cuando se notaba que el español lo dominaba a la perfección. Al hablar, dejó también al

descubierto un perfecta y limpia dentadura. Todo esto me convenció más aún que quien tenía delante de mí era ni más ni menos el misterioso personaje a quien algunos curicanos ya habían apodado como el "gringo".

- La verdad, amigo -le respondí-, es que me ha sorprendido en un momento no muy afortunado, puesto que es muy poco lo que tengo para ayudarlo; sin embargo, espero que esto le pueda servir de algo.

Dije esto al tiempo que le alargaba mi mano con algunas monedas. El agradecimiento no se hizo esperar.

- No importa -me dijo-, su ayuda me va a servir para comer algo. Se lo agradezco con todo mi corazón; es Ud. un caballero muy generoso. Muchas gracias.

- ¿Y qué lo hace por estos lugares? -le pregunté deseando vivamente aprovechar la inesperada ocasión que se me presentaba, para conocer la historia que tanto revuelo había causado en la ciudad de Curicó días atrás, directamente de labios de su propio autor. El momento no podía ser mejor, puesto que contaba con la garantía que nadie sería testigo de nuestra conversación gracias a la lluvia, el frío y el viento, que impedían la presencia de curiosos en el lugar.

- Señor -repuso-, mi historia es muy larga y tan difícil de creer, que por esa causa me tienen por loco, estando muy cerca de morir de hambre, ya que nadie me quiere ayudar. Además, la he narrado tantas veces, que ya no tengo ánimo para continuar contándola y menos aún cuando nadie la acepta. Perdone Ud. que le diga esto, pero es la verdad. Ya estoy aburrido de contar en vano algo que consideran

fantasía. Sabe, lo único que quiero es llegar cuanto antes a Parral o San Javier, para ponerme a salvo en esos lugares.

- ¿Ud. busca alemanes, verdad? -le pregunté con naturalidad, sin demostrar ansiedad.

Nunca imaginé el efecto que le provocaría mi pregunta. De un salto se puso de pie, el tiempo que me observaba de la cabeza a los pies, con ojos desorbitados, sin poder disimular su terror, como si estuviera en presencia de una alucinación. Si el extraño personaje estaba turbado, más lo estaba yo, que extrañado, no atinaba a comprender su inesperada reacción.

- ¿Cómo lo sabe? -me interrogó, muy nervioso.

Entre mi turbación logré explicarle que la gran mayoría de los curicanos conocían su historia desde el primer momento en que hizo su aparición en la ciudad y que el mismo se había encargado de esparcirla, cuando solicitaba ayuda.

El extraño calló un rato, ordenando quizás sus ideas. Al fin y cuando yo preparaba una nueva pregunta, respondió.

- Sí, efectivamente busco alemanes, pero antes que nada y perdone mi curiosidad, ¿quién es Ud.?

- Me llamo Omar Pedraza y vivo en esta ciudad -le respondí-, soy comerciante.

- Perdone que le formule esta pregunta -me dijo-, pero es que tengo que velar por mi seguridad.

- ¿Se puede saber el motivo de su preocupación por la seguridad personal? -le pregunté, aprovechando en el

acto la ocasión que se me presentaba para entrar de lleno en el tema que por curiosidad más me interesaba y que no era otro que conocer en profundidad y de sus propios labios la historia que ya había oído antes.

- Me prevengo -dijo-, de los que con toda seguridad deben estar buscándome. De ellos trato de huir y por eso quiero llegar al sur, hasta Parral o San Javier, para encontrar refugio.

- ¿Es Ud. alemán? -le pregunté.

- Sí -me repondió-, soy alemán.

- Caramba -le dije-, veo que domina muy bien el español y ellos, los que le persiguen, ¿quiénes son?

- La Gestapo -me dijo y quedó observándome unos instantes, como midiendo el efecto de sus palabras.

- ¿La Gestapo?, pero eso no puede ser. ¿De dónde sacó esa idea tan descabellada? -le respondí.

- Así es, efectivamente; ni más menos que la Gestapo, porque, para su conocimiento, herr Pedraza, yo soy un piloto fugitivo de la Luftwaffe, la del herr Mariscal Hermann Goering, del III Reich. Mi nombre es Kurt Bodenschatz.

Junto con darme su nombre, de entre sus ropas extrajo una tarjeta de material plástico, tipo cédula de identidad de las nuestras, en la que aparecía su nombre y su fotografía, de uniforme y bajo la fotografía, una swástica negra sellaba y acreditaba la autenticidad del documento.

Quedé un tanto turbado por lo que oía y veía. Sin embargo, poco a poco fui ordenando mis ideas y ganando en serenidad. Así llegué a la conclusión que el hombre que tenía al frente era un fanático admirador de la Alemania del desaparecido III Reich y a tanto debió haber llegado su fanatismo, que terminó afectándole sus facultades mentales, creyéndose un sobreviviente de la Gran Hecatombe Mundial. Imposible de creerle, puesto que los actuales sobrevivientes de la Segunda Guerra Mundial, los más jóvenes, ya tienen edades que pasan de los 65 años. El extraño no demostraba más de 40 años. La tarjeta de identificación bien pudo pertenecer a sus padres o familiares cercanos con los cuales tuvo un notable parecido físico, pero ahora la utilizaba como elemento de prueba a favor de sus propósitos.

Pese a estos razonamientos, me interesó vivamente el "gringo" y quise disfrutar de su entretenida, aunque chiflaba historia.

Como continuaba lloviendo sin asomos de querer cesar durante el día, me atreví a invitarlo a mi casa, para que comiera, descansara y después, si lo deseaba, cumpliera su anhelo de llegar al sur, como lo había solicitado. Total, la lluvia, que mantenía desierta a la ciudad, me libraría de la mirada curiosa de la gente y de las burlas que con toda seguridad me brindarían cuantos conocidos me vieran en compañía del "gringo". En todo caso, la realización de una buena acción en favor de un loco medio muerto de hambre y aterido de frío, no tenía ningún costo elevado.

Después de cumplir con las diligencias por las cuales me había trasladado hasta el centro de la ciudad, nos

dirigimos hasta mi casa, tratando de transitar por las calles más solitarias, para esquivar todo tipo de curiosidad.

El misterioso personaje revela increíbles detalles:

El alemán tenía un apetito voraz, a consecuencias de los varios días que anduvo errante por la ciudad. Después de servirnos el café, lo invité a pasar a mi biblioteca, para conversar tranquilamente, totalmente ocultos a las miradas curiosas y protegidos de toda interrupción.

- Amigo Kurt -le dije, al tiempo que lo invitaba a tomar asiento y le ofrecía un cigarrillo-, quiero que me diga con la debida seriedad de dónde es Ud. y cuál es el verdadero problema que le afecta. Necesito que me responda con la verdad, porque mi ánimo es ayudarlo, para que pueda llegar a su destino.

- Mi historia, amigo Pedraza -contestó-, sé que no me la va a creer, porque realmente parece increíble, pero es real y porque Ud. me lo pidió, se la voy a contar. Lo único que le ruego es una absoluta reserva en todo, aun cuando considere que todo esto es fantasía, porque, como le dije anteriormente, soy un fugitivo y me persiguen. Mi vida corre un serio peligro si no logro llegar hasta las localidades de Parral o San Javier. Yo, mi buen amigo, vengo de una base naval alemana, ubicada a 2.000 metros de profundidad, en el Polo Sur. Esta base se llama "SIGFRIED" o "Sigfrido", en español. En ella viven actualmente todos los sobrevivientes del III Reich, incluido Adolfo Hitler.

Luego de beber un largo trago de pisco con bebida que momentos antes le había servido, Kurt continuó con su narración.

- Yo soy piloto de guerra de la Luftwaffe, como le dije anteriormente y en estos momentos estoy convertido en un desertor, al que buscan para ajusticiarlo.

- Pero todo esto no puede ser -le interrumpí-, ¿de dónde sacó Ud. esta historia?, ¿la leyó o la vio en el cine?

- Herr Pedraza -prosiguió Kurt-, antes de iniciarse la Segunda Guerra Mundial, Alemania empezó a buscar un lugar seguro y secreto para destinarlo como base de experimentación científica, pese a la oposición de Hitler, que siempre desconfió de los científicos y de sus descubrimientos e inventos. El Fürher tenía su fe puesta solamente en el empuje del soldado alemán y estaba seguro que el Hinterland de Alemania se ganaría en el continente y no en el mar. Sin embargo, un grupo de científicos, encabezados por el famoso profesor Messchermidt, en 1939, a bordo del crucero "Prinz Eugen", navegó por el continente helado, en el cono sur, en busca de algún lugar abrigado y adecuado para los propósitos antes señalados. Nunca se conoció el resultado, pero es seguro que éste fue exitoso, puesto que, pocos meses después, este mismo barco, cargado con pertrechos y maquinaria diversa, enfilaba nuevamente rumbo al sur, a un lugar desconocido y mantenido en el más absoluto secreto. Nadie, ni siquiera la gran mayoría de su tripulación conocía la causa y lugar de destino. Poco después el crucero regresaba al puerto de Kiel, pero sin su carga y con muy pocos tripulantes. Del resto nunca se supo, especialmente de los científicos.

Kurt hizo un pausa, que aprovechó para desprender la ceniza de su cigarrillo y beber otro

sorbo de pisco; luego, con toda calma, continuó con su fabuloso relato.

- Asimismo, muy pocos supieron que a mediados de ese mismo año, vale decir, en 1939, seis submarinos de la clase U-2, salían hacia el Atlántico Sur, llevando a bordo un nuevo grupo de científicos, ingenieros y técnicos, además de todo lo necesario para vivir largos períodos bajo el mar. Nada se dijo sobre el objetivo de esta misión y los submarinos jamás regresaron. Vino la Segunda Guerra Mundial, cuyos detalles me imagino que Ud. muy bien los conoce, porque ya me he dado cuenta que posee amplios conocimientos de Historia Universal.

- Así es -asentí-, soy un fanático estudioso de la Historia, ya sea de mi país o la Universal. Debo manifestarle que también, desde un principio, me he dado cuenta que Ud. es una persona ilustrada, con una envidiable memoria para citar nombres y lugares. Sin embargo, su relato no me convence, pero por favor, continúe, se lo ruego.

- Bien -prosiguió Kurt-, la guerra continuaba con toda su intensidad. Esto sin embargo no fue obstáculo para que se repitieran los misteriosos viajes hasta el continente helado, pero ahora con mayor frecuencia. Los científicos dudaban del triunfo de las armas convencionales de su país sobre los enormes ejércitos y recursos de los aliados y estaban convenidos que el desenlace final sería la derrota de Alemania. La única esperanza, sostenían, estaba en los ingenios que la inventiva germana aún podía crear.

Hizo una pausa para sacudir la ceniza de su cigarrillo; luego prosiguió con su narración.

- Paralelo a lo anterior, muchos científicos se unieron a Werner Von Braun, que trabajaba afanosamente y sin descanso en sus proyectos de cohertería en el campo de pruebas de Peenemunde. En aquel campo experimental se realizaron otros ensayos muy asombrosos, aparte de la cohertería. ¡Oh, herr Pedraza, si supiera Ud. en que consistían aquellos ensayos, quedaría pasmado! Debo aclararle eso sí, que en aquellos años yo aún no nacía y lo que hoy le cuento lo supe mucho después, ya en la base "Sigfrido", desde donde vengo.

- Realmente no sé que decir respecto a su relato -le interrumpí, en un momento de pausa-, pero, dígame una cosa, si esa base que Ud. menciona está sumergida a 2.000 metros en el Polo Sur, ¿cómo es que pudo salir de allí y llegar hasta este lugar?

- En mi calidad de piloto de la Luftwaffe -respondió Kurt-, a menudo debía cumplir diversas misiones fuera de la base, a bordo de aeronaves, porque contaba con la confianza de mis superiores. En una de estas misiones, mientras estudiábamos el Lago Rapel y sus alrededores, pude escapar, engañando al resto de la tripulación, al manifestarles que bajaba a tierra para recoger muestras de una especie vegetal que me había llamado la atención. Después de permanecer oculto en unos matorrales por varias horas y cuando me di cuenta que mis camaradas habían suspendido mi búsqueda, abandoné aquel lugar y caminé hasta una pequeña ciudad que se llama Melipilla. Sin identificarme allí y conteniendo el hambre que me

atacaba, abordé un tren carguero y llegué hasta Santiago. En Santiago subí a otro tren de carga, con destino al sur, pero en la Estación de Curicó fui sorprendido por los vigilantes y fui obligado a descender y aquí estoy frente a Ud., contando una historia que al parecer no me cree.

- ¿Qué tipo de nave era la que tripulaba cuando escapó? -pregunté.

- Una "Vebeltung" o V-17, o lo que es lo mismo, un objeto volador no identificado, como las denominan ustedes.

- ¿Qué dice? -pregunté rápidamente, sin poder ocultar o disimular mi asombro.

- Como lo ha oído Ud., herr Pedraza -contestó ufano Kurt-, Uds. las denominan OVNIS. -Luego de una pequeña pausa, continuó sonriente-. Son naves muy sofisticadas y movidas a base de energía nuclear producida por poderosos reactores. Pero además cuentan con otros mecanismos que les permiten alcanzar velocidades siderables. Para lograr esto último se transforman en energía, cualidad que ningún otro invento humano ostenta hasta el día de hoy.

- ¿Qué significa eso? -pregunté.

- Significan que pueden alcanzar la velocidad de la luz a través de la mutación atómica. En otras palabras, quiere decir que para alcanzar esas enormes velocidades, deben transformarse en energía y para ello existe en la base "Sigfrido" una fuente de poder que desintegra todos los átomos de la estructura de la nave, los transporta a una velocidad fantástica hasta el lugar que desea llegar y luego

allí los reagrupa, devolviéndole a la nave su estructura original, intacta, ¿me entiende?

- Sí -contesté-, comprendo perfectamente su exposición, herr Kurt, pero todo esto es demasiado fantástico y cuesta mucho creerlo.

- Comprendo que Ud. no me crea -repuso Kurt-, porque ciertamente es demasiado fantástico; sin embargo, es una realidad. Tampoco creará entonces en la existencia de la base "Sigfrido".

- Si existe esa base -le contesté- ¿Podría indicarme su ubicación y de qué manera un ser humano puede vivir a dos mil metros de profundidad, en el agua y bajo los hielos?

- La base "Sigfrido" se ubica exactamente entre los 82° 13' de latitud, contestó con calma Kurt, como si estuviera rindiendo un examen de conocimientos. Está a dos mil metros de profundidad, bajo el mar. La entrada y salida se hace por compuertas y esclusas muy complicadas, por el mar y, en casos muy excepcionales, por una salida secreta y disimulada queda a la superficie terrestre. Primitivamente la base se surtía con los productos marinos propios del lugar. El agua se hacía potable gracias a enormes máquinas fabricadas ex profeso. La energía era proporcionada por los grandes y ricos yacimientos de uranio, torio, lantano y zirconio existentes en el suelo antártico. Para contar con aire fresco en esas profundidades, instalaron largas tuberías que salían hacia la superficie, en forma muy disimulada. Hoy todo ha sido sustituido por complicados sistemas atómicos que descomponen los componentes del H₂O y lo transforman en oxígeno puro. De las algas marinas obtienen

una gran variedad de productos, desde telas, pasando por alimentos, hasta licores.

Unos golpes dados a la puerta vinieron a interrumpir esta conversación. Cuando abrí, me encontré con mi vecino, que venía a invitarme a una función de un entretenido show artístico, que esa noche se presentaría en el gimnasio cubierto de la ciudad. Aceptada y convenida la invitación, regresé donde mi invitado.

La verdad es que ya no tenía grandes deseos de continuar con la conversación, por cuanto con lo que había oído, tenía suficiente, porque ya me había formado la idea que el "gringo" era un desequilibrado mental, trastornado con toda seguridad por la lectura de algún libro de ciencia ficción. Sí, no podía ser de otra forma, puesto que datos tan técnicos y precisos debió necesariamente aprenderlos gracias a la abundante literatura que existe en este campo.

- Amigo Kurt -le dije-, ¿qué le parece si lo voy a dejar a la Estación de Ferrocarriles, para que se embarque hacia el sur? Yo le cancelaré el pasaje.

- Maravilloso -me respondió-, vámonos de inmediato, antes que me encuentre alguno de ellos. Se lo suplico, vámonos de inmediato, porque tengo miedo que me encuentren. Además, amigo mío, por favor, todo lo que le he narrado no lo divulgue, porque también puede peligrar su vida.

- ¿Cómo es eso? -le interrogué extrañado-, ¿quiénes son ellos?

- Los miembros de la Gestapo, que están desparramados por todo el mundo y que ahora con toda

seguridad están tras mis pasos -me respondió y quedóse observando mi reacción.

No le respondí en forma inmediata y sólo me limité a sonreírle; luego, cuando noté su insistencia a través de su mirada, le dije.

- No se preocupe amigo, nada diré y lo que Ud. me contó, aunque no lo creo, lo guardaré como un secreto personal.

Estaba más convencido que nunca que el "gringo" era un chiflado de remate.

Rápidamente le preparé unos sandwich "para el camino". Luego, tomando mi paraguas, lo invité para que me acompañara.

En el semblante del "gringo" se notaba la alegría, porque por fin podría viajar hasta el sur. Yo también estaba feliz, por la buena obra que hacía, que aunque parecía un tanto infantil, por lo menos serviría para dejarme la conciencia tranquila al satisfacer los deseos de un hombre que lo único que pedía era ayuda para poder llegar al sur. Seguramente él no tenía culpa alguna en ser lo que era, un demente y a mí me correspondía ayudarlo en alguna forma, pero jamás dejarlo abandonado a su suerte.

Yo no quería cargos de conciencia.

Capturados:

A esa hora de la tarde, la Estación de Ferrocarriles estaba casi desierta, a no ser por la presencia obligada de los funcionarios encargado de atender las boleterías. El frío y la lluvia habían ahuyentado a todos los curiosos y público en general.

Envueltos en esa atmósfera húmeda y gris, tan propio de un día de lluvia, Kurt y yo nos acercamos a una ventanilla, donde adquirí un boleto con destino a la localidad de Parral. Como nos informaron que el tren tardaría por lo menos una hora en pasar, aprovechamos la espera para fumar y pasear por los andenes vacíos de público. Kurt no tenía problemas con su equipaje, porque se reducía sólo a un bolsa ropera, de corte militar, con algunas escasas pertenencias en su interior, lo que permitía portarla en todo momento.

- Tome amigo Kurt -le dije, mientras paseábamos-, aquí tiene este dinero para cuando llegue a su destino, para gastos de movilización e imprevistos que se le puedan presentar.

Kurt me expresó su gratitud con grandes muestras de alegría.

Es en esos precisos instantes cuando aparecieron dos hombres en el hall de la estación ferroviaria. Altos, fornidos, protegidos por largos impermeables y sombreros. Miraron en varias direcciones y después, fijándose en nosotros, avanzaron con paso decidido hacia el sitio en que nos encontrábamos.

Todo sucedió con extremada rapidez.

Kurt lanzó un grito, al tiempo que se aferraba a uno de mis brazos y me indicaba, señalando con su mano, a los desconocidos, sin poder gesticular palabra alguna.

- ¿Qué sucede Kurt? -le pregunté, en medio de la confusión.

Kurt no respondía y sólo se limitaba a señalar con la mano a los recién llegados. Pasaron unos instantes. Por fin gritó en alemán:

- GEHEIME STAATS POLIZIE.

- ¿Qué estás diciendo Kurt? -esta pregunta se la hice totalmente desconcertado.

Sí, porque yo sabía que esas palabras significan ni más ni menos que "GESTAPO". Pero, ¿podría ser real lo que estaba viendo y escuchando? No, no podía ser, quizás podría tratarse de una broma de mal gusto, atroz. Sin embargo, dadas las circunstancias, ello parecía imposible. Sí, era realmente imposible que se tratara de una broma. Sería una pesadilla. Sí eso podría ser, una pesadilla de horror. Mecánicamente me restregué los ojos para despertar y poner fin al espanto que ya empezaba a dominarme por completo. Pero no, el horror estaba aún allí, más vivo y real que antes, visible y tocándome muy de cerca.

- Maldito perro traidor, por fin te atrapamos -dijo uno de los desconocidos, al tiempo que nos apuntaba con una voluminosa pistola. Su camarada hizo lo mismo, apuntándonos con un armento similar-. Sigán en dirección a la salida, sin hacer el menor gesto -nos conminó.

Kurt, volviéndose levemente hacia mí, me aconsejó obedecer.

A esas alturas, primero me invadió la incredulidad, luego el desconcierto y finalmente el terror. Ni un alma se veía en los alrededores a quien pedir auxilio, hasta el funcionario que antes nos había atendido en la ventanilla, había desaparecido como por encanto. En vista de ello no me quedó otra alternativa que obedecer. Pronto llegamos frente a un automóvil color oscuro. A viva fuerza fuimos introducidos en su interior.

El automóvil inició una veloz carrera, rumbo a la costa curicana. Unos de los hombres continuó apuntándonos durante el trayecto.

- ¿A dónde nos llevan y de qué se trata todo esto? - pregunté a los captores.

- Ya lo sabrá amigo - me respondió el que nos apuntaba -. Paciencia, ya falta poco.

El automóvil continuó avanzando a gran velocidad y las horas pasaban. A través de los vidrios polarizados me di cuenta que íbamos viajando por el camino asfaltado que une a Curicó con el balneario de Iloca. Atardecía y a medida que transcurría el tiempo, más aumentaba mi terror. Pedí permiso para fumar y fui autorizado. Intenté entablar una conversación, pero fui conminado a guardar silencio; ni siquiera podía dirigirme a Kurt.

¿Sería verdad lo que me había narrado Kurt? Una horrible angustia me ahogaba más y más cada momento que pasaba.

Largo rato debimos haber viajado. No sabía exactamente cuánto tiempo, porque no llevaba reloj, pero la verdad es que estaba totalmente oscuro cuando los alemanes empezaron a hablar entre ellos, al tiempo que se comunicaban con algo semejante a un teléfono celular, aunque mucho más pequeño. Rato después el automóvil se detuvo y el conductor, con una enorme y potente linterna, empezó a escudriñar la negrura del cielo y a hacer señales con el poderoso haz de luz. Yo y los demás permanecíamos en el interior del móvil.

El silencio era total en el lugar y ni un sólo vehículo pasaba por allí a esa hora. Era invierno, por lo tanto, era normal aquella soledad.

Por la baja altura de los cerros y por una claridad que podía verse hacia el oeste, calculé que estábamos muy cerca del mar.

- Achtung, achtung, achtung -gritó el alemán que estaba en el interior. Inmediatamente fuimos obligados a bajar. El alemán que estaba a nuestro lado no dejaba de apuntarnos con su temible arma de fuego.

Allí, suspendido quizás a que altura, estaba eso, avanzando lentamente bajo las nubes.

Llovía con regular intensidad.

- Una Vebeltung -alcanzó a gritarme Kurt.

Un sonido indefinido rompía el silencio del lugar, a la vez que sobre el cielo, una anorme circunferencia de luces que cambiaban de colores constantemente, se estaba acercando el sitio donde nos encontrábamos. Su forma

semejaba un gran anillo multicolor, cuyo centro oscuro se hacía notar por las luces que formaban la gran circunferencia. Estaba avanzando y descendiendo al mismo tiempo.

Cuando finalmente se detuvo, casi tocando el suelo, pude darme cuenta que se trataba de un objeto de enormes dimensiones. De su oscuro centro salió un brillante y potentísimo chorro de luz anaranjada. Fue el momento en que los alemanes nos obligaron a colocarnos dentro de aquel haz luminoso.

Repentinamente empezamos elevarnos por el chorro de luz, impulsados por alguna fuerza para mí desconocida, misteriosa. A los breves segundos estábamos caminado por un amplio pasillo curvo y, cosa curiosa, a mí me parecía que era todo de cristal, muy transparente, a través de cuya estructura podía ver perfectamente el suelo, el automóvil estacionado a un costado de la ruta y a los alemanes, que haciendo señales con la linterna, se alejaban del lugar.

En la cosa de cristal quedábamos solamente kurt y yo. Esta debió estar elevándose, puesto que el suelo empezó a alejarse y luego los alemanes desaparecieron de la vista. Instantes después, hacia abajo sólo de veía oscuridad.

- Kurt, dime, ¿estoy soñando o qué es lo que sucede?
-pregunte, lleno de angustia.

- No está soñando herr Pedraza -me respondió Kurt-, lamento profundamente esta situación en que Ud. está envuelto por culpa mía. Lo que está sucediendo es la pura y triste realidad. Esta nave es una Vebeltung o V-17 u

OVNI, como las llaman ustedes. Es guiada a través de un control computacional propio de la nave y un control remoto dirigido desde la base "Sigfrido". Aquí no hay otros humanos fuera de nosotros dos; nadie más. Pero qué ganamos con eso, ya estamos perdidos y en estos momentos viajamos a una velocidad muy superior a cualquiera de otras naves construidas por el hombre, hombre de la superficie terrestre, por su puesto.

Recién ahora empezaba a creer en la historia de mi amigo Kurt. Muy tarde era ya y sólo me quedaba saborear el amargo y fatídico error cometido, al parecer mi último error en la vida. Estaba metido nada menos que en el interior de un OVNI y sin saber en qué punto de la tierra o del espacio, en una aventura fantástica, pero que jamás podría contar.

- Hagamos algo, recorramos la nave propuse casi maquinalmente, movido quizás única y exclusivamente por el miedo atroz y el nerviosismo.

-Sí-repuso Kurt-, buena idea, aunque no veo para que pueda servirnos.

Caminamos por el largo pasillo circular, que parecía interminable. A ambos lados, la pared lisa, muy pulida, que más parecía un inmenso tubo de cristal, sin ventanas. Caminamos lentamente, largo rato, hasta llegar nuevamente al punto de partida. No observé ninguna puerta, ventana o señal de alguna abertura.

-¿De qué material está construida esta nave?- pregunté a Kurt.

- Es una mezcla de wolframio, plomo y plástico, los que trabajados a temperaturas altísimas, terminan convirtiéndose en energía. Eso les produce esa invisibilidad que Ud. puede notar y una dureza tal que pueden resistir cualquier velocidad o temperatura. La nave mide alrededor de doce metros de diámetro, tiene la forma de una circunferencia. Su diseño aerodinámico le permite ofrecer una mínima resistencia al aire. Su máquina, que es un potente reactor nuclear, crea, en unos 10 metros a su alrededor un campo magnético que hace que la nave flote en un centro que equilibra la fuerza de gravedad y compensa la atracción terrestre, eso le permite realizar movimientos que parecen totalmente reñidos con las leyes de la Física moderna y que de otra forma aniquilarían sin remedio a sus tripulantes y desintegrarían su propia estructura. Estas naves pueden alcanzar, más allá de nuestra atmósfera, velocidades siderales, porque, como le dije anteriormente, los científicos alemanes descubrieron la fórmula para convertir en energía determinadas estructuras atómicas.

- ¿Pero qué hay en su interior, dónde están sus controles? -pregunté-, me imagino que debe tener otros compartimientos.

- Sí -contestó Kurt-, pero todo está herméticamente cerrado. Las puertas se abren a través de ondas emitidas desde la base "Sigfrido", cuando navegan sin tripulación, pero cuando van tripuladas, se controlan desde la misma nave. Hoy no podemos ver más que este pasillo, por medidas de seguridad. Recuerde que somos prisioneros. Existen por cierto, otros compartimientos.

En esos instantes se dejó oír un ligero sonido indefinido, a la vez que todo el interior tomaba un color verde brillante. Al observar a Kurt primero y después parte de mi cuerpo, me pareció que estábamos formados por una substancia también verdosa.

- En breves momentos más nos internaremos en el mar -dijo Kurt-, ya estamos llegando al Cabo de Hornos.

- ¡El Cabo de Hornos! -La incredulidad y el pavor me llevaron a pronunciar en voz alta este nombre. Mentalmente recordé algunos detalles geográficos de este apartado punto de nuestro globo terráqueo.

El Cabo de Hornos se encuentra a los 55° 59' de latitud sur y 67° 16' de longitud oeste. Se trata de una pequeña isla con la forma de una luna nueva, de 9 kilómetros de largo, por 4 de ancho y su mayor altura alcanza los 152 metros. Es la más austral de las islas e islotes del grupo de las Hermite y la parte que se denomina el "Cabo", es la que cae, como un promontorio siniestro, por el extremo sudeste. Esta isla se encuentra cubierta de arbustos, plantas y flores silvestres y posee algunas playas donde, en los días de calma, es fácil varar un bote o una lancha liviana. Inútilmente se buscará en el mapamundi un lugar más solitario, más triste ni más fieramente azotado por las fuerzas de la naturaleza. Es el confín de Chile, pero parece que fuese también el límite del mundo. No obstante ser el paraje más inútil y menos frecuentado en todo el territorio, es el más universalmente conocido. También lo es en la historia, la tradición y la leyenda.

Con esos datos de mi mente no me fue necesario consultar a Kurt el porqué la nave iniciaría la inmersión precisamente allí. El Cabo de Hornos era insuperable como punto de referencia para las diversas maniobras que realizaban éstos portentosos aparatos voladores.

Lo que momentos antes predijera Kurt, ahora empezaba a cumplirse. Efectivamente la nave disminuía su velocidad notoriamente y abajo, muy cerca, de podía ver el reflejo de las luces en la superficie de las aguas del mar, muy arremolinadas. Luego, ante mi asombro, el mar empezó a abrirse en un amplio círculo. La causa: el campo magnético de la nave, según me lo recordó Kurt, estaba tocando las aguas. Segundos después la V-17 se deslizaba por entre una enorme masa de agua, turbulenta al principio y suave a medida que nos sumergíamos, más y más.

- Nos vamos sumergiendo a medida que avanzamos -dijo Kurt-, el final de este viaje será la base "Sigfrido". En todo caso aún falta un buen rato para el término de este viaje, puesto que como Ud. comprenderá, la velocidad en estas profundidades es mucho más lenta que al aire libre. Temo decirle que al final del viaje nos espera lo peor. Vuelvo a pedirle perdón por haberlo metido en este lío. Como le manifesté anteriormente, la base "Sigfrido" es ni más ni menos que el poder de la Alemania nazi sobreviviendo bajo el mar, lejos de la curiosidad del resto de la humanidad. Allí han surgido los inventos más increíbles, jamás imaginados por mente humana. Hitler vive en la base.

- ¿Qué?, ¡Hitler vive!, pero eso no puede ser -le contesté-. Hitler murió el 30 de abril de 1945, en Berlín, encerrado en su "bunker", cuando la capital germana fue atacada por los ejércitos rusos. Todo el mundo sabe eso.

- Eso es lo que creen -dijo Kurt-. Hitler tenía varios dobles, los que fueron entrenados y preparados hasta en los más mínimos detalles, incluso hasta en las reacciones orgánicas del verdadero Hitler.

- Bueno, ¿y qué pasó con los cuerpos calcinados de Hitler y Eva Braun, encontrados por los rusos y que, según versión dada por el propio médico dentista, la dentadura encontrada era la misma que había reparado al Führer? ¿Qué me dice a eso? -le pregunté.

- Fácil amigo -me respondió en el acto Kurt-. A un doble se le hizo el mismo trabajo dental, conservando su dentadura idéntica a su original. Amigo Pedraza, el verdadero Hitler fue llevado a las base "Sigfrido" en enero del año 1945, cuando ya para Alemania no quedaba ninguna esperanza de ganar la guerra.

Guardé silencio, anonadado, derrotado. Todo era increíble, pero real. Me convencía que no estaba soñando.

La nave no poseía focos, sino que ella misma era un inmenso objeto brillante. Con la poderosa luz que proyectaba, era fácil distinguir el fantástico mundo submarino que se nos presentaba por delante. La masa de agua había tomado un tinte verdoso brillante, formando una especie de túnel a medida que avanzábamos. Pese a la luz brillante, no podía distinguir ningún ser viviente, debido, creo, a la gran velocidad de la nave. En algunos

puntos aparecían grandes manchas oscuras y a medida que nos acercábamos a ellas, descubría que eran montañas submarinas. La V-17 las esquivaba con asombrosa movilidad. En otros puntos se advertían profundos abismos.

El tiempo seguía corriendo, inexorable. El viaje también continuaba, sin contratiempos, en demanda del final desconocido que nos aguardaba. Por el destino incierto que se cernía sobre nosotros, no podía disfrutar de este viaje fantástico, digno de los mejores libros de Julio Verne. El pensamiento de la muerte cercana no me permitía pensar en otra cosa que no fuera la espantosa pesadilla que estaba viviendo.

Hubo un momento en que me pareció que la velocidad disminuía, a la vez que se iniciaba un pronunciado descenso hacia el abismo.

-Nos vamos a introducir bajo la corteza del Continente Antártico -me señaló Kurt-. Por lo que sé, estaríamos cruzando el territorio antártico chileno, hasta llegar a la base "Sigfrido". Estamos en la cercanías de la isla chilena llamada Charcot, en el Mar de Bellingshausen, que es el punto de referencia para la inmersión profunda. La base "Sigfrido" está ubicada exactamente entre los 82° 13' de latitud, por lo que aún nos resta un buen rato para llegar hasta allá; a ello hay que agregar la menor velocidad que ahora desarrollará la V-17, debido a lo riesgoso de la ruta que aún resta por recorrer.

En este punto la oscuridad del mar era total y el único espacio visible era el que alcanzaba a ser iluminado por la potente luz de la nave.

No supe exactamente hasta que profundidad descendimos. Sólo estaba seguro que cada minuto que pasaba significaba que más nos acercábamos a un final inquietante, incierto y de miedo. Recordaba a mi familia, mi hogar en Curicó, mis amigos, a quienes jamás vería. Me llevé la mano al bolsillo de mi chaqueta y toqué el librito que siempre llevo conmigo. Lo acaricié y lentamente traté de entablar un diálogo con mi espíritu abatido, para darme valor en momentos tan terribles. La fe no podía abandonarme. Tenía que hacerme de valor. La esperanza es lo último que se pierde.

La navegación se desarrollaba imperturbable, sin vaivenes. Una suave música empezó a sentirse a bordo, activada quizás por qué mecanismo.

La serenidad de Kurt era admirable ante la adversidad. Ahora podía apreciar en toda su dimensión el valor y nobleza de espíritu de mi buen amigo Kurt. Realmente se trata de un espíritu superior.

Un leve sacudón de la nave me sacó bruscamente de mis meditaciones y lo que vi entre las aguas erizó mis cabellos. Unos enormes tentáculos se alejaban, moviéndose y muy visibles a través de la luz artificial. ¿Qué era eso?

- Es un kraken -dijo Kurt-, viven en la oscuridad, en las grandes profundidades, bajo los hielos.

-¿Qué? ¡Santo cielo! Pero yo creía que el kraken sólo existía en la imaginación como un monstruo fabuloso, de leyenda y nada más. Cómo me gustaría narrar todo esto que estoy viviendo, si me salvara de este destino que me apresó.

- Muchas leyendas de la superficie terrestre son realidad aquí, en las profundidades del mar -repuso Kurt.

Kurt quiso decirme algo, pero en esos momentos el interior de la nave empezó a cambiar de colores, desde el verde anaranjado y desde el rojo al azul intenso. Pude ver enormes manchas oscuras cruzando por el espacio iluminado, muy cerca de nosotros, quizás se trataba de alguna especie de pez de las profundidades u otro ser viviente. Repentinamente cesó la música ambiental y en su reemplazo se dejaron oír voces en alemán. Luego me pareció que todo el mar se teñía de rojo.

Después supe la causa de todo esto. Se trataba del paso de varias naves similares a la que viajábamos, que se cruzaban en sentido contrario, navegando en fila. Viajaban a algún punto terrestre, quizás con qué objetivo y una vez más serían la eterna interrogante de los ojos humanos que pudieran contemplarlos.

Cesaron las voces en alemán, al igual que el juego de luces y nuevamente se dejó oír la música ambiental. La V-17 continuaba su deslizamiento bajo el mar, sin ninguna alteración. Yo también continuaba con el mismo miedo de antes, muy nervioso. Producto de este nerviosismo empecé a dar cortos paseos por la nave, sin alejarme demasiado de Kurt. Así no me percataba que el tiempo transcurría y transcurría, inexorable.

Habría transcurrido poco más de una hora desde el encuentro con la escuadrilla de V-17, cuando nuevamente el interior de la nave se transformó en un juego de luces

multicolores. Otra vez cesó la música ambiental y volvieron las voces en alemán. Sabiendo que todo aquello era el preludio de alguna sorpresa, me acerqué a Kurt.

Nome percaté que a mis espaldas, una bien disimulada puerta hermética se estaba abriendo lentamente, sin hacer ruido. Una voz en alemán dio una orden y Kurt me invitó a traspasar la puerta recién abierta. Penetramos en una amplia sala en la que sobresalía, en un costado, una gran pantalla, que bien parecía un enorme televisor.

Un leve sonido hizo que levantáramos la vista hacia la gigantesca pantalla. Allí estaba formándose una figura humana. Cuando se aclaró la imagen, puede darme cuenta que se trataba de un hombre de unos 60 años, delgado, con la mirada amenazante y mostrando una larga cicatriz en una de sus mejillas. Vestía impecable uniforme negro, camisa blanca y corbata negra. En su brazo izquierdo resaltaba un brazalete rojo, luciendo la clásica suástica. Su gorra también era negra, con vivos rojos y blancos, de visera corta, al más puro estilo alemán. Usaba gafas oscuras.

Inmediatamente calculé que se trataba de un alto Oficial de las antiguas y temidas SS. Era una sorpresa más de la pesadilla sin fin que yo y Kurt estábamos viviendo. Pero la imagen estaba allí y real, según la podía ver en la pantalla. El Oficial SS. era real y vivía y con él seguramente grandes masas de hombres que conformaban aquella fuerza policial y militar que yo creía desaparecida para siempre.

El Oficial SS. ladró en alemán, dirigiéndose a Kurt. Este guardó silencio, en posición firme y con la vista en alto. Largo rato habló el enfurecido Oficial, cuyas facciones

enrojecían cada vez más. Su enorme cicatriz parecía una culebrilla jugueteando en su mejilla. El valeroso Kurt se limitó solamente a oírlo, sin pronunciar palabra alguna.

Por fin el SS. cesó de hablar y segundos después su imagen desapareció de la pantalla.

Todo quedó en silencio por un largo rato, hasta que Kurt me invitó a tomar asiento en las butacas existentes en la sala. Yo estaba inquieto por conocer lo que había dicho el Oficial alemán.

- Se refirió solamente a mí -me informó Kurt-. Me llamó cobarde y traidor, me exigió que me arrepintiera de la fuga y narrara todos sus detalles y así podría salvar mi vida. Teme que yo haya dado información en el exterior. A Ud. no lo mencionó, porque, al parecer, está furioso solamente conmigo.

Un tanto tranquilizado por esta información, señalé a Kurt que no me explicaba aún como fue posible que nos capturaran con tanta facilidad y en forma tan perfecta.

Kurt me manifestó que desde el primer momento en que escapó, a orillas del lago Rapel, escuadrillas de V-17 se dejaron ver en sus cercanías y la Gestapo debió iniciar de inmediato su búsqueda. La Geheime Staats Polizie mi amigo -terminó Kurt-, está en todas partes, pero muy especialmente en Chile, Argentina y Brasil.

Una luz roja intermitente aparecida en el dintel de la puerta, nos indicó que debíamos abandonar la sala. Regresamos al pasillo transparente.

Nuevamente la soledad y el silencio, roto solamente por la suave música ambiental.

Continuamos el viaje, sin nuevas alteraciones, sobre los abismos. Navegábamos bajos los hielos del Polo Sur, en dirección a un punto final lleno de las más misteriosas y alucinantes sorpresas. Sólo nos quedaba esperar y esperar. Nada más.

De pronto me pareció que la V-17 disminuía su marcha, ya que pude darme cuenta que las aguas a su alrededor no eran desplazadas con la misma intensidad de antes. Mis sospechas quedaron confirmadas minutos más tarde, cuando la nave se detuvo totalmente. Gracias al milagro de la ciencia alemana, permanecía quieta entre esa enorme masa de agua, sin notarse el más leve vaivén. El interior marino se veía iluminado en una gran extensión.

Miré detenidamente hacia adelante.

Entonces, lo que vi, me hizo erizar los cabellos y me dejó sin aliento, con la boca abierta: Hacia adelante, en una distancia que me fue difícil precisar, se divisaba lo que parecía ser una ciudad, pero, ¡bajo el mar!

En la base "Sigfrido":

El acostumbrado juego de luces se inició entre la nave y la que parecía ser la puerta de entrada de una enorme cúpula transparente, que aparentemente constituía el cielo de aquella misteriosa ciudad.

Después de un prolongado intercambio de luces, una parte de aquella gran cúpula empezó a abrirse lentamente, al tiempo que la V-17, en rápido movimiento, ingresaba por la abertura y continuaba el viaje por un largo corredor, de dimensiones colosales. Una sucesión de compuertas y esclusas hacía lento el avance.

Yo no tenía ninguna prisa por llegar y creo que Kurt tampoco, sabiendo que la bienvenida que nos darían sería para no contarla. Con ojos desorbitados contemplaba aquel fantástico mundo. La ciudad estaba protegida por una cúpula cuyas dimensiones parecían no tener fin.

Después de cruzar todas las esclusas, la nave continuó avanzando lentamente por un canal flanqueado por largos muelles. Un enjambre de grúas se alineaban por ambos lados. Lejos, pero sobresaliendo por su tamaño, enormes submarinos se veían acoderados en los muelles. En otro punto, al final del canal, se podía ver un enorme lago artificial y flotando en él, un dique, también de dimensiones colosales, como todo lo que podía ver en el interior de esta ciudad.

Finalmente la nave se detuvo junto a uno de los muelles. Contrario a lo que yo pensaba, ahora descendimos

por una puerta lateral, que se abrió apenas la V-17 detuvo su marcha.

Una orden gritada en alemán nos hizo volver la vista rápidamente. Cerca de nosotros había una fila de soldados armados, vistiendo el clásico uniforme alemán que yo conocía a través de las innumerables películas sobre la Segunda Guerra Mundial, libros y revistas.

El Oficial que estaba a cargo de los soldados, destacó a dos de ellos para que nos escoltaran. Éstos, obedientes, nos obligaron a caminar rápidamente en dirección a un enorme patio.

Caminamos por entre filas de naves similares a la que nos capturó. A medida que avanzábamos, observaba que el piso, al parecer metálico, estaba marcado por una serie de líneas geométricas, cuyo fin no atinaba a adivinar. La cúpula, frente al lugar donde andábamos, debía tener a lo menos unos doscientos metros de altura o quizás mucho más. Los hombres que por allí se movían parecían hormiguitas, en comparación con las dimensiones descomunales de la construcción.

A lo lejos se alineaban varias construcciones de forma cilíndrica, tipo módulos. Estas construcciones me llamaron la atención por su enorme tamaño, que parecían hechas más bien para gigantes y no para humanos normales. Los costados de éstas estaban marcadas por largas hileras de ventanillas. Recién, cuando estuvimos cerca de ellas, me di cuenta que más que construcciones comunes, parecían ser naves.

Finalmente llegamos ante una altísima muralla metálica. Uno de los soldados presionó un botón y en el acto se abrió ante nosotros la puerta de un ascensor. Mientras ingresábamos, aproveché de volver la vista hacia atrás. Lo último que vi fueron las naves de forma cilíndrica. Desde la distancia parecían enormes cigarros, ordenadamente formados.

No supe exactamente cuantos metros o pisos ascendimos. Luego abandonamos el ascensor y nuevamente recorrimos largos e interminables pasillos, en niveles superiores.

Por fin, después de pasar por diversos pasillos y patios, subir escalerillas y cruzar puertas. Llegamos hasta una gran sala. Allí esperamos hasta que las voces de "Achtung" entre los soldados, nos indicaron la presencia de un Oficial de alta graduación. Cuando lo vi, comprobé que se trataba del mismo personaje que había visto antes, en la pantalla de la V-17. Era alto y delgado y su edad, como lo dije antes, oscilaba entre los 60 años. Vestía un impecable uniforme oscuro. Completaba su tenida con la clásica gorra militar alemana, de corta visera y calzando botas altas y ajustadas, relucientes, al más puro estilo prusiano.

Dirigiéndose a Kurt, le habló en alemán. A mí me pareció que más bien ladraba en lugar de hablar. Finalmente habló en español, seguramente para que yo me enterara de lo que decía provocando mi asombro por el excelente dominio que tenía de este idioma.

- En la nueva Alemania no hay lugar para cobardes y traidores como tú, Kurt Bodenschatz -gritó el iracundo

Oficial nazi-. Maldito perro sarnoso, has traicionado a tu Fürher y al III Reich. Has faltado a tu juramento de honor, has dudado de nosotros. Por tu vil traición no podrás disfrutar del cercano triunfo total del III Reich. Falta poco para el día en que nuestras armas destruirán al mundo actual. Nadie ni nada podrá detenernos. Entonces nuestro Fürher será despertado de su largo sueño y se levantará, para dominar al nuevo mundo que construiremos. Nuestros agentes, diseminados en todas las grandes ciudades del mundo, nos tienen bien informados de todo lo que sucede en el exterior. El desquite se acerca y las grandes potencias serán reducidas a polvo por nuestras armas invencibles. Señores, el III Reich no ha muerto; solamente se ha estado preparando para la gran revancha, que llegará muy pronto. Entonces, tú, traidor, no podrás saborear nuestro triunfo, porque estarás muerto. Soldados, conduzcan a los prisioneros al calabozo. Mañana serán sometidos a Consejo de Guerra. Llévenselos.

Fuimos trasladados hasta un oscuro calabozo, ubicado en las cercanías. El clic de un candado nos indicó que habíamos quedado prisioneros y sin posibilidad alguna de salir.

Por una pequeña ventanilla se filtraba una tenue luz, proveniente desde el exterior. Curiosamente, a esta altura, había dominado gran parte de mi terror y esperaba el destino con cierta tranquilidad y resignación. Lo que ahora me llamaba la atención era el hecho que en ningún momento habíamos sido registrados, situación fortuita que me permitió conservar mi documentación, mi librito, mis cigarrillos y el encendedor. Largo rato fumamos con

Kurt. Estaba convencido que jamás saldría de aquella base y aun más, creía difícil salvarme de la muerte.

Afanosamente trabajaba con una y otra idea, pensando en alguna fórmula milagrosa que me permitiera salvar la vida.

Luego, sin saber como, llegó la idea precisa. Era una esperanza muy remota, como una débil llamita en la tempestad, pero tenía que intentarlo. La idea consistía recurrir a toda mi elocuencia para demostrar la gran admiración que supuestamente tenía por el antiguo III Reich. Demostraría también que por un hecho fortuito llegué hasta la base, sin que por mi causa alguien se enterara de la existencia de este gran secreto alemán, en la base "Sigfrido". También pondría mi elocuencia en favor de Kurt, para defenderlo y asegurar que nadie en la superficie, fuera de mí, tuvo conocimiento de esta base. Por lo demás, nadie habría dado crédito a esta información, por estimarla fantástica e irreal.

Quizás con estos argumentos lograría congratularme con los integrantes del Consejo de Guerra. Quizás ofreciendo mis servicios, aunque fuera en la más humilde condición, lograría que me perdonaran la vida. Quizás con mi elocuencia obtendría el perdón para Kurt. Era algo realmente difícil, pero no imposible y había que intentarlo. La esperanza me dio un leve respiro en mi abatimiento. Así pude disfrutar en mejor forma el cigarrillo.

- Kurt -pregunté-, ¿cómo se conoce aquí el día y la noche?

- Muy fácil -me respondió-, existen horas destinadas al trabajo y horas destinadas al descanso y el sueño. También hay días festivos. Todos los horarios están bien marcados y se respetan estrictamente. Durante el sueño circulan única y exclusivamente las personas que cumplen turnos o servicios de emergencia y la luz artificial se reduce entonces al 50%. Durante las horas de trabajo, aumenta el alumbrado y prácticamente toda la base está en movimiento. La luz artificial es proporcionada por pilas atómicas. El oxígeno proviene de la descomposición del H_2O , además de largos tubos que llegan hasta la superficie, en forma muy disimulada, a través de la roca viva. Construir esta base costó mucho trabajo y no menos ingenio. Todavía se continúa trabajando en algunos lugares. Sin embargo, toda esta maravilla tiene una falla, que es un verdadero talón de Aquiles. Resulta que con el paso del tiempo, la presión del agua ha ido en aumento, formando alrededor de la cúpula una inmensa burbuja, que lentamente se va agrandando gracias al gas que se va acumulando en ella. Con ello ha aumentado la temperatura en el interior de la base. Aunque parezca curioso, aquí, bajo la Antártica, hay que mantener complicadas máquinas de refrigeración para bajar la temperatura y la presión. Se teme fundadamente que llegará el día en que la presión será tal, que aplastará a la base, destruyéndola. Al peligro anterior se suma la gran cantidad de armas atómicas que aquí se guardan, así como también a las sofisticadas máquinas generadoras de energía. Este final no está lejano y esa es la causa por la cual se preparan para llevar la guerra a la superficie de un momento a otro. Los agentes de la Gestapo se dedican a espiar todo lo que sucede en la superficie, a la vez que ayudan a crear

conflictos diversos, para que siempre las naciones estén luchando entre sí; han buscado por todos los medios crear un conflicto entre las dos grandes potencias, como son Rusia y Estados Unidos, sin lograrlo, por ello es que últimamente decidieron poner todos sus esfuerzos en la destrucción de la llamada "Cortina de Hierro", porque con ello obtendrán disminuir notablemente el poder soviético, al provocar la deserción de sus antiguos aliados o satélites por la vía de las agitaciones y revueltas. Finalmente esperan desintegrar a la propia Unión Soviética, para dejarla reducida en un mosaico de pequeñas e inofensivas Repúblicas. El peligro los apura. Con las armas que existen aquí estoy seguro que lograrán con creces dominar al mundo. Las "Vebeltung" V-17 están equipadas con rayos láser y pueden destruir objetivos desde enormes distancias. Son naves casi indestructibles, por el campo magnético que las protege. Existen otras naves más poderosas aún, ante las cuales las V-17 parecen juguetes. Estas naves son las "Junker JU-313", las mismas que Ud. vio alineadas en el primer patio de entrada. En la superficie terrestre los que las han visto las han denominado "cigarros voladores". Estas gigantescas naves, de forma cilíndrica, son capaces de trasladar una docena de V-17, en un solo viaje, hasta más allá de Plutón, a una velocidad casi imposible de imaginar. También pueden llevar cientos de misiles con cabeza nuclear y dispararlos hacia la tierra desde cualquier punto del espacio. Una sola nave es capaz de reducir a polvo varias de las más grandes ciudades de la tierra. Existen también varios submarinos con dimensiones tres veces mayores que los Trident norteamericanos y lo Thiphons rusos, dotados de un casco atómico mucho más poderoso

y resistente, que les permite soportar con éxito las grandes presiones de las profundidades donde no puede llegar otro submarino. Estas naves, por ser las más lentas, tienen por misión apoyar a las Vebeltung V-17 y Junker JU-313, en el remate de todo lo que haya sobrevivido al primer ataque de éstas, en el día en que el III Reich se lance a la conquista del mundo. Además del armamento fantástico que le he nombrado, existen también escuadrillas de aviones caza-bombarderos Messchermidt ME-404, para acciones menores. Como puede darse cuenta, herr Pedraza, el arsenal es realmente aterrador y no tiene parangón sobre la tierra.

Yo estaba helado. Cada detalle que me proporcionaba Kurt aumentaba mi asombro, porque ahora creía lo que me narraba mi amigo, basado en lo que había alcanzado a ver antes de ser ingresado al calabozo.

Pero Kurt aún tenía que darme a conocer otros detalles, aún más fantásticos e increíbles, pero ciertos.

- La mente de estas gentes es diabólica y sólo piensan en la guerra, para destruir -continuó-. Todos han vivido encerrados en esta base y aquí se han mutlipicado. Aquí viven muchos de los antiguos jercas que el mundo cree muertos; pero no crea que se trata de personas envejecidas y ya retiradas de toda actividad; no, mi buen amigo, no esta gente está rejuvenecida y aparenta la misma edad que tenía al término de la Segunda Guerra Mundial, debido a que todos fueron sometidos a un tratamiento de paralización temporal de su metabolismo celular, por eso no han envejecido, aun cuando sus verdaderas edades sobrepasan los 100 años. Si bien este sistema les renovó sus células,

también les embotó el cerebro, convirtiéndolos en verdaderos brutos mecanizados. En el tratamiento estuvieron en un internadero que los aletargó por un período de 20 años. Después fueron despertados mediante el bombardeo eléctrico de sus células. Adolfo Hitler fue sometido a un tratamiento muy similar, pero con capacidad para resistir un tiempo mayor en el internadero. Esto ha sido la causa por la cual Martin Bormann tomó el mando de esta base en forma temporal, hace varios años, con el título de Reichsführer.

-¿Quieres decirme que Martin Bormann no murió durante el ataque a Berlín, en 1945?

-Efectivamente -contestó Kurt-, Bormann se vino a la base en enero de 1945, junto a Hitler. También poseía un doble y ese fue el cadáver que encontraron en la Invalidenstrasse, en Berlín, en 1945.

-¿Y quién es el Oficial que nos habló en la V-17 y ahora nos envió hasta aquí?

-Es el Coronel de las Waffen SS. Heinz Von Haeften. Es el "Oberführer" de las Waffen SS. de la base "Sigfrido"; es precisamente uno de los que fueron sometidos a tratamiento de internadero.

-¿Por qué el Coronel que tú mencionas habla el español tan perfectamente? -volví a preguntar.

A todos los miembros de esta base, pero especialmente a los que integran los cuerpos de las Waffen SS. y la Gestapo, se les prepara para que dominen a la perfección a lo menos doce idiomas, entre ellos el inglés, español,

francés, ruso, italiano, portugués, chino, hebreo, así como también varias lenguas eslavas, árabes y asiáticas. Esto se hace con el fin de desarrollar un espionaje verdaderamente efectivo y porque mantienen agentes de la Geheim Staats Polizie desparramados en todo el globo terrestre, como le informé hace un rato. Estos agentes, junto con recoger información militar, económica y social de los diferentes países que vigilan, se encargan también de crear conflictos para que permanentemente exista un clima bélico y las naciones se destruyan entre sí, facilitando de esta forma la batalla final que dará el triunfo al III Reich. Para los países espiados es muy difícil detectar a estos agentes, puesto que en primer lugar nadie daría crédito a la existencia de esta base y en segundo lugar, porque indirectamente son ayudados por fanáticos admiradores del antiguo III Reich y que en varios países de Europa y ahora últimamente en América del Sur, han organizado Movimientos Neonazistas.

-Kurt -dije-. Aún mantengo una duda respecto a la presencia de los exjercas nazis en esta base. ¿Hitler está hibernando junto a Eva Braun? Supongo que esta dama también tenía su doble.

-Supone mal, herr Pedraza -me respondió Kurt-, Eva Braun no tenía doble y no había necesidad que así fuera. Murió en el fürherbunker, el 30 de abril de 1945, junto a un doble de Adolfo Hitler, pero creyendo que se trataba del verdadero. Hitler jamás se casó con ella y cuando se trasladó a esta base, lo hizo sin su compañía y sin avisarle, porque el Comité Central del Partido Nacional Socialista no se le permitió, por estrictas medidas de seguridad. Eva Braun, por muy unida que estuvo al Fürher, nunca tuvo acceso a

la información secreta y al conocimiento de la existencia de la base "Sigfrido". Triste destino para una valiente y hermosa mujer.

-Amigo Kurt -le dije-, por lo que le he oído narrar y por lo que Ud. me ha demostrado, me he dado cuenta que posee sentimientos nobles y un profundo espíritu humanitario. ¿A qué se debe esa profunda diferencia entre su pensamiento y las ideas que reinan en esta base?

Kurt no respondió al momento. Pasaron unos instantes que a mi me parecieron largos. Al parecer mis palabras llegaron hasta el fondo de su alma noble. Quizás era la primera vez que alguien le expresaba un reconocimiento para él desconocido, descubriéndole una grandeza de espíritu que por años debió permanecer cubierta por la atmósfera de brutalidad y rudeza reinante en aquella base militar.

Al fin me contestó, con voz ronca y con palabras que delataban su emoción.

-Yo nací en esta maldita base y crecí junto a mi buena madre, que fue un verdadero ángel para mí. Fue la única mujer autorizada para viajar sola, en 1945, debido a su embarazo y por ser la viuda de un héroe de la Luftwaffe; sí, porque mi padre murió combatiendo a orillas del Vístula, cuando con su avión se estrelló contra una columna de tanques rusos, en un supremo esfuerzo por detenerla. Eran los días en que el ejército alemán luchaba desesperadamente por detener el avance ruso, casi a las puertas de Berlín, en 1945. Esta acción valerosa le valió el reconocimiento del Führer, quien dispuso ascenderlo y

condecorarlo en forma póstuma. Mi madre murió hace varios años, sin que jamás pudiera olvidar su querida tierra natal, tan lejana y a su amado esposo, mi padre.

Cuando Kurt hubo terminado de hablar, guardé silencio y no quise ahondar en el mismo tema relativo a su vida, arrepintiéndome de haber reabierto una vieja herida en el hombre que ahora empezaba a admirar y que cuando recién lo conocí, lo consideré un "chiflado".

Aproveché el silencio para sacar un nuevo cigarrillo. Ofrecí uno a Kurt, que me lo aceptó agradecido.

Entonces volví con nuevas preguntas, pero esta vez relacionadas con los ingenios voladores alemanes.

-Kurt, conforme a lo que me has ilustrado, las V-17 corresponden a los OVNIS que se mencionan en el exterior. Las otras naves, las nodrizas o cigarros voladores, ¿son más veloces o más lentas por su enorme tamaño?

-Tienen exactamente la misma velocidad, puesto que ambas, en las distancias siderales, se transforman en energía. Se diferencian, aparte del tamaño, en el radio de acción, que es mucho mayor en las Junker JU-313.

-De acuerdo con lo que he leído, naves misteriosas han visitado la tierra desde tiempos inmemorables. Muchos libros se han escrito al respecto, basados en lo que cuentan otros libros ya milenarios, como el Ramayana, los Vedas, como asimismo en pinturas y bajorrelieves de diferentes culturas conservadas en monumentos que aún permanecen en pie, pese a los años transcurridos. Con ello se demuestra

que los OVNIS no son patrimonio exclusivo de Uds., los alemanes.

-Indudablemente -me respondió Kurt-. Los OVNIS han existido también en civilizaciones ya desaparecidas. Si existe algún parecido en su forma, no es mera coincidencia. Es que en esta base los científicos alemanes descubrieron el secreto para transformar la materia en energía pura y la desintegración del átomo, el mismo secreto que hicieron propio, hace más de 12 mil años, los atlantes. El hecho de vivir en las profundidades marinas y recorrerlas, nos llevó al descubrimiento, en los restos de lo que fue una gran ciudad atlante conocida como "Tetis", la fórmula para producir y controlar un poder casi ilimitado, basado en la energía que posee todo el mundo físico. Muchos otros descubrimientos de la ciencia atlante se han hecho en las grandes profundidades del Atlántico, que los científicos alemanes han aprovechado íntegramente, pero sólo para fines bélicos.

-¿Quieres decir que Uds. descubrieron la Atlántica?

-Sí -me respondió Kurt-, hemos descubierto muchas ruinas en el fondo del mar, cerca de Las Antillas y también en las cercanías de Las Azores, pero con mayor abundancia en el Mar de los Zargazos, donde encontramos la mítica "Tetis". También se han encontrado algunos restos en profundidades cercanas al continente africano. Sabemos con certeza que se trata de antiguas ciudades de la legendaria Atlántica, porque se ubican en los mismos puntos geográficos que se mencionan en las opiniones de los historiadores y geógrafos, que desde Platón a la fecha perduran en estrecha coincidencia. Además, se sabe a

ciencia cierta que ninguna de las civilizaciones conocidas en la Historia, construyó sus ciudades en el fondo del mar.

Asombrado descubrí que estas explicaciones calzaban perfectamente con las muchas teorías que se dan sobre la existencia y ubicación que tuvo aquél misterioso continente, sumergido hace precisamente 12 mil años atrás. Mucho se ha hablado sobre la ciencia portentosa de los atlantes.

-Me imagino entonces -le dije-, que Uds. conocen muy bien el fondo de los mares. ¿Qué es lo que hay en el llamado "Triángulo de Las Bermudas"?

-Ya sabía, herr Pedraza, que llegaría a eso. Como los científicos alemanes descubrieron la fórmula para vencer la presión del agua en las grandes profundidades, no tuvieron problemas para instalar, en las más importantes fosas abisales del globo, equipos capaces de alterar el tiempo, el espacio y el clima en un área determinada. Su finalidad fue para distraer la atención de los investigadores y curiosos, para llevarlos a buscar allí una explicación que jamás encontrarán, sin que remotamente lleguen a sospechar siquiera de lo que hay bajo los hielos antárticos. Gracias a esa estratagema hemos permanecido ocultos sin llamar la atención de nadie. Esa es la explicación, amigo mío, de los famosos "fenómenos" que ocurren tanto en el Triángulo de Las Bermudas, como en el Triángulo del Diablo y otros puntos.

-Pero en el llamado Triángulo de Las Bermudas se han perdido barcos y aviones, muchas veces con toda su tripulación, sin dejar rastros. ¿Qué me dices a eso, Kurt?

-Fueron atrapados por naves alemanas. Una Junker JU-313, volando a gran altura o sumergida en las profundidades del mar, puede atrapar y trasladar hasta esta base tanto a aviones como a barcos, no importando su tamaño. Recuerde que aquí se ocupa mucho acero y otros metales que poseen los aviones y barcos, valioso para los trabajos de permanente ampliación que aquí se realizan, según le informé anteriormente. Las tripulaciones apresadas son obligadas a trabajar de acuerdo a sus capacidades y especialidades y según las necesidades que se presenten.

Con las últimas palabras de Kurt se avivó nuevamente en mí la llama de esperanza nacida rato atrás. Podría salvar mi vida si me ofrecía voluntario para trabajar. Eso era mil veces preferible a la muerte en este extraño mundo de pesadilla. Ojalá pudiera salvar también a Kurt.

Encendimos un nuevo cigarrillo.

-¿Por qué no han conquistado el espacio, contando con estas formidables máquinas voladoras?

-Simplemente porque primero desean dominar toda la tierra, sin contrapeso. Luego continuarán con el cosmos. Para esto último necesitan un seguro espacio vital.

Sin darme cuenta, el tiempo había transcurrido considerablemente, pero como me habría gustado que el tiempo se hubiera detenido en esos momentos. De vez en cuando se oían algunas voces y pasos en el exterior de nuestro calabozo. Sus causantes eran los hombres de turno que cumplían diversas tareas en aquella ciudad submarina.

Con mis propios oídos comprobaba el especial espíritu de trabajo germánico, que siempre ha caracterizado a las gentes que llevan esa sangre, de generación en generación.

Fumábamos copiosamente para relajarnos un poco.

Pareció que en un momento dado se nos había agotado el tema de conversación. Pero pronto Kurt interrumpió este silencio, para volver a recordar parte de su vida. Con cierta emoción, que se notaba en sus palabras, hizo recuerdos de su niñez, su juventud y su educación, etapas todas desarrolladas en el encierro de aquella ciudad militar, verdadero cuartel, preparándose constantemente para la guerra. Explicó la experiencia que tuvo cuando conoció por primera vez el exterior, a través de las expediciones que realizó en las portentosas naves espaciales. Era admirable el entusiasmo y a la vez enternecedora la descripción que hacía de los paisajes terrestres, de la flora y fauna de los lugares visitados. A tanto llegó su concentración en los nostálgicos recuerdos, que me pareció que se olvidaba de la realidad que vivíamos y del horror que nos rodeaba.

En los momentos en que Kurt ininterrumpidamente hacía recuerdos de su vida, me pareció oír algo parecido a un susurro, muy cerca de la puerta de nuestra prisión; no le presté mayor atención, primero porque estaba atendiendo la conversación de mi amigo, que en algunas horas más sería enjuiciado y seguramente ejecutado y, segundo, porque me pareció una ilusión. Pero rato después nuevamente oí aquel susurro, ahora más nítido, llamando a Kurt. Esta vez no cabía duda alguna, el susurro era real y fue oído hasta por el propio Kurt.

El aludido contestó tímidamente, también en un susurro.

-Kurt, tienes que escapar con tu amigo, ahora, muy rápido, no hay tiempo que perder, ¿me entiendes?

La respuesta de Kurt no se dejó esperar.

-De acuerdo, pero, ¿cómo lo hago? ¿Crees acaso que soy un mago para escapar de este calabozo? Ojalá pudiera hacerlo.

Por la respuesta que dio Kurt me pareció que conocía a la voz que le llamaba desde el exterior de nuestra celda.

-Soy Paul Kühnert, ingeniero de mantención del Wolfschanze de la base. Tú me conoces, Kurt -dijo el hombre que estaba fuera-. Tengo un plan de escape que he preparado durante años.

-¡Paul! ¿Eres tú? ¿Cómo puedo saber que dices la verdad y no una broma? -preguntó ansioso Kurt.

-Escúchame Kurt -dijo éste-. En este momento no hay vigilancia de calabozos, por considerarse innecesaria, por cuanto se supone que un escape de aquí es imposible. Esa confianza que tienen en la seguridad nos permitirá conversar tranquilamente, Kurt. Somos amigos, yo te estimo y tengo confianza en ti, porque conozco tus cualidades de hombre honesto y noble. Eres al mismo tiempo el mejor piloto que posee la Luftwaffe. También tuve la feliz oportunidad de conocer a tu padre, de quien me honro en haber sido su amigo y a quien además le debo mi vida, puesto que en una ocasión, durante la Segunda Guerra Mundial, habiendo sido alcanzado mi avión por la

artillería rusa que defendía la ciudad de Smolensko, tu padre no titubeó un instante para aterrizar en una carretera y recogerme, arriesgando su propia seguridad ante el enemigo. Nunca he olvidado eso. Como bien sabes, amigo Kurt, desde que llegué a esta base me he desempeñado como ingeniero de mantención del Wolfschanze, es decir, el Cuartel General de la base "Sigfrido". El Alto Mando Alemán y hasta el mismo Reichsfürher Martin Bormann han depositado toda su confianza en mí. No obstante esta confianza de que soy depositario, la verdad es que estoy hastiado con esta vida de encierro y no comparto las ideas imperantes aquí, para crear una nueva contienda mundial. Odio la destrucción y las muertes, como también odio el régimen que nos domina a todos. Siempre quise escapar, pero jamás se me presentó la oportunidad adecuada. Resulta que por una casualidad, hace dos años a la fecha, descubrí una falla en uno de los descompresores que están conectados hacia la superficie terrestre. La reparé en esa ocasión, pero me quedé con el secreto de este punto tan vulnerable para la existencia de la base. ¡Basta saltar una de esas válvulas para que toda la base explote y desaparezca para siempre! La presión que está oprimiendo día a día estas instalaciones se ha convertido en una verdadera bomba de tiempo y los descompresores apenas son capaces para contenerla. Este descubrimiento me ha tenido intranquilo desde entonces. Por supuesto que soy el único poseedor de este terrible secreto.

-Eso quiere decir que tú puedes destruir la base cuando lo desees -repuso Kurt.

-Exactamente -respondió Paul-. Me doy cuenta que lo has comprendido.

-Bien -dijo Kurt-, ¿pero qué tiene que ver eso con el escape? ¿De qué nos servirá destruir la base, si no podemos escapar?

-Momento amigo -saltó Paul-, aún no he terminado. En el patio C-16 se guardan los ME-404. Yo te puedo guiar hasta allí. Mi cargo me permite desplazarme libremente por toda la base, a cualquier hora y reunirme con quien yo desee. Desde el Cuartel General se opera el ascensor que lleva a la rampa de despegue, en la superficie terrestre. Si sacas un avión, lo colocas en el ascensor y llegas hasta la rampa, puedes considerarte hombre libre, junto a tu amigo. Yo te seguiré en otro avión. Nadie podrá perseguirnos, puesto que inmediatamente iniciemos el vuelo, estas instalaciones volarán en mil pedazos. ¿Me has entendido Kurt?

-Me parece fantástico, ¿pero realmente crees que resultará?

-Tiene que resultar -dijo Paul-, no hay otra alternativa, queda muy poco tiempo. ¿Puedo confiar en ti Kurt? ¿Estás dispuesto a hacerlo, pero de inmediato?

-La verdad es que no tengo otra alternativa. Total, entre quedarme aquí y esperar a brazos cruzados mi destino o arriesgarme en la fuga, acepto el escape. Acepto. Razón tengo para aceptar puesto que no cuento con ninguna esperanza de ser perdonado por el Consejo de Guerra. ¿Pero cómo vamos a empezar, cómo salgo de este calabozo con mi amigo?

-Bien, primeramente voy a buscar un traje de piloto y equipos para ti y para tu amigo, señaló Paul. Así no levantaremos sospechas. Espera unos instantes, ya vuelvo.

Kurt se me acercó, golpeando levemente mis espaldas, como queriéndome decir que deberíamos confiar en la buena suerte. Yo aproveché la ocasión para preguntarle otros detalles de su amigo Paul Kühnert.

-Paul Kühnert ha sido para mí como un verdadero padre -me respondió Kurt-. Fue un gran amigo de mi padre. Fue mi maestro en la Academia de Ciencias Superiores de la base "Sigfrido". En verdad es un hombre que cuenta con la confianza del alto Mando Alemán y por eso trabaja en la mantención del Wolfschanze, que es el Cuartel General, presidido por el Reichsführer Martin Bormann. Allí está la mayoría de los mandos electrónicos y computacionales de la base, siendo en consecuencia, el corazón de la misma. Si Paul es capaz de operar sin ser observado, ciertamente logrará su propósito. El escape es difícil, pero no imposible. Quizás logremos salir de esta situación.

Casi coincidiendo con este punto de la conversación, Paul Kühnert anunciaba su regreso. Bastaron unos breves ruidos de llaves y la puerta de nuestro calabozo quedó abierta. Un chorro de luz artificial penetró en la fría estancia. A través de esa luz pude conocer a Paul Kühnert. Se trataba de un anciano de unos 80 años, muy vigoroso, pese a la edad, alto, de blanca cabellera, vestido con overol azul. Pese a su físico imponente, irradiaba bondad y dulzura que dejaban ver claramente la nobleza de su espíritu. La fineza

de sus facciones, la blancura casi alba de su piel y sus hermosos ojos azules cautivaban al primer contacto visual.

-Rápido, rápido -dijo-, colóquense estos trajes y equipos. Rápido, porque el tiempo se acaba.

Después que nos equipamos y salimos de la lóbrega dependencia, casi sin hacer ruido cerró la puerta metálica, dejándola con llave. Caminamos juntos largo rato por patios y pasillos desiertos. No se veía vigilancia por ninguna parte, porque, como había dicho Paul, no la consideraban necesaria. Y tenían razón. ¿Para qué vigilar tanto, si ningún humano sería capaz de escapar o penetrar a aquella hermética ciudad submarina?

Era imposible escapar de allí, si no se dominaba primeramente el Wolfschanze.

El Escape. Infierno en el Polo Sur.

Yo pensaba que de un momento a otro me estallaría el corazón, por la tensión nerviosa acumulada y que la sentía desde la cabeza a los pies. Gracias a la luz que se mantenía en algunos patios pude medir con la vista las enormes columnas y vigas que sostenían parte de la gran estructura de la base. Eran de dimensiones gigantescas. Un sinnúmero de gruesas tuberías y cañerías descomunales se entrecruzaban aquí y allá, como serpientes gigantes. En otras dependencias se veían grandes nubes de vapor, arrojadas seguramente por calderas cuya función no podía adivinar.

- Escúchame bien Kurt -dijo Paul-. Hay dos aviones ME-404 preparados y en condiciones de despegar. Aprovecharé que en la sala de comandos del Wolfschanze no hay nadie a estas horas, para activar el ascensor que da a la superficie, conjuntamente con la rampa superior. Tú subirás primero con tu avión. Yo lo haré inmediatamente después. El Personal de guardia de esa ala superior desconoce tu calidad de desertor, por lo que no nos molestará y nos dejará salir tranquilamente. Antes de salir, yo instalaré una carga de explosivos en la válvula del compresor que te mencioné anteriormente. Cuando esto estalle, ya estaremos volando muy lejos. ¿Has comprendido? La base debe ser destruida a toda costa. De lo contrario nada ganamos con escapar, puesto que bastaría una V-17 para que nos persiga, la que no demoraría más allá de un par de segundos en darnos alcance

y destruirnos. Además, destruyendo esta base, salvamos a toda la humanidad de un seguro aniquilamiento.

Kurt nada replicó. Bajó la vista, en señal de aprobación. Yo secretamente no sabía a quien admirar más si a Paul Kühnert, por su talento y viril decisión para destruir esta pesadilla o bien Kurt Bodenschatz, por su serenidad y valor en estas circunstancias, en que se requerirán nervios de acero. Yo por cierto no tenía esos nervios acerados y me sentía muy empujado ante estos dos colosos humanos.

Para llegar al sitio donde se encontraban los aviones, debimos primeramente cruzar un enorme recinto rectangular, en unos extremos, a manera de gigantesco mural pintado de rojo vivo, había una gigantesca suástica, iluminada por poderosos reflectores. Una amplia puerta metálica indicaba que allí se guardaba algo muy importante y valioso, puesto que ambos lados montaban guardia soldados vestidos pulcramente, estáticos, como si formarían parte de la gran estructura acerada.

- Detrás de esa puerta está el cuerpo de Hitler, en invernadero -me susurró Kurt-. Este es el patio destinado a las grandes ceremonias militares. La guardia de Honor es permanente.

- Dirigí una mirada hacia los centinelas, que como hieráticas estatuas vivientes montaban guardia, sin inmutarse. En una pequeña garita se veían otros soldados, conversando entretenidamente, totalmente ajenos a lo que sucedía en las afueras del lugar que custodiaban.

Seguíamos avanzando por pasillos interminables. Finalmente, después de un largo caminar, llegamos a los

hangares de los aviones, los que se ubicaban en largas filas dos de ellos estaban separados del resto.

- Estos son nuestros aviones -dijo Paul, al tiempo que los señalaba con la mano.

Se trataba de aviones supersónicos modernos, muy sofisticados, cuyo diseño se basaba en los antiguos Messhermidt ME-202, construidos en 1945, a fines de la Segunda Guerra Mundial y que figuraron entre las armas secretas de Hitler. Recordé haber leído que el ME-202 fue construido con los escasos medios que tenía Alemania en las postrimerías de la guerra. Pese el pequeño número de ellos que se alcanzó a construir, causó estragos entre la aviación aliada, la cual, para poder contrarrestarlos, debió destruir las fábricas de esta veloz nave, única forma de vencerla.

La versión que hoy veía en la base "Sigfrido" era muy superior a la que yo conocía por libros y revistas. Era más grande, con cabida para dos personas: piloto y copiloto. Poseía alas plegables y estaba armado con poderosos misiles. En sus costados llevaba pintada la figura de un gato en aptitud amenazante. Recordé haber visto esta misma figura en los aviones alemanes de la Segunda Guerra Mundial.

No tuve tiempo de observar otros detalles, puesto que la voz de Paul me hizo concentrar la atención en el avión que había designado para Kurt. Subimos con rapidez, evitando todo ruido. Como Kurt titubeaba, lo hizo subir a empujones.

- Paul, ¿en qué momentos vas a salir tú? -preguntó Kurt, con cierta angustia-. Tu dijiste que el tiempo es escaso.

- No te preocupes por mi -replicó Paul-, después que accione el computador que mueve los elevadores y la rampa de lanzamiento, te seguiré en el avión que está detrás del tuyo. Lo tengo listo, pero antes debo activar la carga, que hará saltar la válvula del descompresor. Tengo que destruirla, de lo contrario, toda huida será inútil.

Acto seguido que Kurt se colocara su máscara y equipo de oxígeno. Lo propio hizo conmigo, a la vez que brevemente me explicó el funcionamiento de algunos mecanismos ubicados en mi puesto, poniendo especial énfasis en explicarme el uso del botón que accionaba el asiento eyectable y algunos detalles del paracaídas automático, por si presentaba alguna emergencia.

Cuando vio que estábamos listos, instruyó a Kurt, diciéndole:

- La puerta que tienes al frente corresponde al elevador "H". Yo lo accionaré desde la sala de comandos. Cuando llegues a la superficie, se abrirá la compuerta exterior, que yo accionaré desde abajo. Cuando tengas el avión en el carril de la rampa, no te detengas a esperarme, elévate de inmediato y procura tomar altura lo más pronto posible. Yo iré después, una vez que deje lista las cargas. La explosión se producirá exactamente 20 minutos después que deje listas las cargas. Por ningún motivo debes sobrevolar el sector exterior de la base. ¿Comprendido?

Sin esperar que Kurt le diera su comprendido, se alejó rápidamente de allí, en dirección a la sala de comandos.

Kurt se quedó con la vista clavada en Paul durante unos instantes, luego, cuadrándose de hombros, dijo:

- No sé si esto resulte, pero hay que intentarlo. Vamos.

Casi coincidiendo con sus palabras, la larga franja metálica en que estaba posado el avión, empezó a moverse automáticamente, sin hacer ruido, transportando la nave hacia la puerta que teníamos al frente. Una potente luz roja ubicada más arriba de esa puerta cambió a un verde intenso, al tiempo que empezaba a abrirse la enorme puerta, dejando libre la entrada a un espacioso elevador o ascensor. Poco después iniciábamos un veloz ascenso por entre barrotes de hierro, en algo que parecía una monstruosa jaula.

Rápidamente el ascensor había tomado velocidad y en pocos segundos el lugar de partida no era más que un pequeño punto, allá abajo, muy abajo, según pude ver a través del enrejado de acero. No sentí vértigos, porque el miedo y el nervisismo podía más. ¿Tendríamos fortuna para escapar? Esa inquietante pregunta martillaba mi cerebro una y otra vez, a medida que ascendíamos.

Transcurrieron otros segundos de ascenso ininterrumpidos; del fondo sólo se veía una oscura oquedad; nada más, tan enorme era la profundidad que era imposible ver su fin. ¿Qué estaría haciendo el valiente Paul Kühnert? A esa hora debería estar moviendo los controles. Luego saldría también, igual que nosotros.

Luego el viaje de ascenso llegó a su fin, cuando una luz verde iluminó el tablero del gran elevador. Inmediatamente se descorrió automáticamente la ancha

puerta del ascensor, dejando a nuestra vista una larga y pulida rampa, muy parecida a la cubierta de los modernos portaaviones, aunque mucho más pronunciada en su elevación. Esta rampa debía tener a lo menos unos 150 metros de largo. En su extremo opuesto, una colosal puerta de corredera se estaba abriendo en dos, dando paso a la luz natural y a una superficie de blancos y relucientes hielos.

Era el exterior, el paisaje antártico el que se apreciaba a la distancia. Mi nerviosismo cundía más y más, acompañado ahora por una leve alegría.

Kurt encendió el motor y esperó. Pasarón unos segundos que a mí me parecieron eternos. En el carril de la rampa no se veía ser humano alguno, porque era imposible que pasaran por allí, pues resvalarían por la pendiente demasiado pronunciada. Aguzando la vista, pude ver, sin embargo, que en un costado, en el extremo opuesto de la garita e inmediatamente detrás de la gran puerta de salida, había una pequeña garita. En su interior se movían soldados.

El ruido de la nave aumentó cuando estuvo lista para la partida. Aún estábamos en el interior del elevador y no entendía por qué no salíamos de allí. Luego, un fuerte sacudón indicó que el avión había iniciado la partida, a una gran velocidad. Ahora comprendía: el mismo ascensor hacía las veces de catapulta, puesto que la elevación de la rampa partía desde su puerta.

A gran velocidad iba el avión, en demanda de la puerta de salida. pero, inesperadamente, lo que no estaba previsto, sucedió. Los centinelas de la salida reaccionaron. Seguramente se olvidó algún detalle y eso debió haber

alertado a los soldados allí apostados. La garita que había visto desde lejos, era en realidad una torre giratoria; desde su interior salían rojas lenguas de fuego y que no eran otra cosa que las ametralladoras disparando largas rafagas de plomo en contra de nuestro avión, para impedir su salida. Todo sucedió en unos escasos segundos, pero los suficientes para darme cuenta del grave peligro que se cernía sobre nosotros. Me veía cara a cara con la muerte y soy honesto en decir que en ese momento el terror hizo presa de mí, sacudiéndome como un frío latigazo. El pánico me hizo perder la noción del tiempo y cuando me repuse, ya estábamos elevándonos, fuera de la base "Sigrído", por sobre el suelo antártico, cuyas eternas nieves se alejaban de nosotros cada vez más, a medida que tomábamos altura.

Cuando volví la vista hacia atrás, vi que las grandes puertas aún permanecían abiertas, pues desde la altura aún era posible apreciar un punto oscuro que indicaba claramente el lugar de salida de la base.

Fiel a las instrucciones recibidas, Kurt continuaba elevándose y alejándose rápidamente cada vez más del lugar desde donde habíamos salido bruscamente a la superficie terrestre.

Continuamos elevándonos, pero Paul no salía y los minutos pasaban rápidamente. Me entró la preocupación por Paul, pues pensaba en lo peor. Seguramente no pudo traspasar las bien custodiadas puertas de salida. No había dudas que debido a nuestra salida se había despertado la guardia de seguridad, la que con toda probabilidad ya debía haber descubierto los planes y movimientos de Paul

y lo tendría atrapado o quizás liquidado. Creo que Kurt pensaba lo mismo, pero no se podía regresar. Además, si Paul era descubierto, cabía lo peor para nosotros y era nada menos que la posible salida de una V-17, que nos destruiría en cosa de segundos. Pese a estar fuera de aquella base, todavía no podíamos cantar victoria. El terror no quería abandonarme y quizás nunca más.

Pero, contra todo lo que yo creía, el avión empezó a virar, describiendo una pronunciada curva, para luego enfilarse rectamente hacia la puerta de salida de la base. Perplejo aún por la transgresión que hacía Kurt de las instrucciones recibidas, encontré atinada, sin embargo, la idea que éste me explicó brevemente a través de su transmisor y que consistía en disparar los misiles hacia la puerta de salida, para destruirla y evitar el despegue de las V-17. El tiempo transcurrido señalaba fatalmente que Paul había sido atrapado. Rápidamente comprendí que no quedaba otra alternativa; además, había que tener presente que aquellos endemoniados objetos voladores, una vez en el aire, eran invencibles. Si lograba salir uno sólo de ellos, podíamos darnos por perdidos. Por eso era preciso destruir las puertas a toda costa.

En los momentos en que enfilábamos hacia la puerta y cuando recién terminaba de ordenar mis ideas, se produjo una horrorísima explosión a centenas de metros más abajo de nosotros, pero sin embargo alcanzó a sacudir con violencia a nuestra nave, haciéndola perder momentáneamente su rumbo. En un primer momento pensé que la explosión se había producido en el avión o que habíamos sido alcanzados por algún disparo hecho desde

la base. Sólo cuando Kurt logró, a duras penas, enderezar el avión y tomar altura, sólo entonces pude darme cuenta de lo que realmente sucedía: en lo que antes era una blanca superficie de hielo, inmedianamente encima de la base "Sigfrido", se estaba levantando un descomunal hongo, color anaranjado en su cúspide y color ceniza por sus costados. A medida que este hongo se elevaba, también crecía con rapidez asombrosa hacia los lados, cubriendo una extensa superficie.

La base "Sigfrido" había estallado, pero parecía que toda la superficie terrestre, visible desde las alturas, estaba hundiéndose en medio de dantescos destellos multicolores. Por un momento creí que se había abierto las puertas del infierno en aquellas soledades, dejando ver las entrañas del averno en todo su horror.

Kurt tomó altura y luego describió un amplio círculo para tomar el rumbo que habíamos iniciado en un principio, pero no sin antes llevarse la mano a su sien y dirigir un simbólico y postrer saludo de homenaje al camarada que quedaba allá abajo, reducido a polvo, después de haber ofrendado su preciosa vida en aras del compañerismo y del heroísmo sin límites. En los instantes en que Kurt saludaba el valor de un camarada sin igual, abajo se sucedía una serie de colosales explosiones, que sacudieron violentamente el ambiente. Nuevamente el avión fue sarandeando como una pluma al viento. Enormes lenguas de fuego ocultaban de nuestra vista toda la superficie terrestre de aquella parte del mundo. El brusco movimiento del avión llevó a Kurt a elevarse aún más, para no ser cogido por la fuerza de atracción de aquel espantoso infierno. Por fin y cuando estuvimos a una altura considerable, enderezó la nave.

Habiendo realizado con éxito la maniobra anterior, el bravo Kurt empezó ahora a sobrevolar el lugar describiendo amplios círculos. Nunca supe por qué lo hizo, pero me imagino que fue para cerciorarse de la completa destrucción de aquellas instalaciones malditas.

Yo continuaba con la vista clavada en el dantesco espectáculo que ofrecían los estertores de muerte de la base maldita, originados en sus siniestras entrañas, a dos mil metros de profundidad. Recordé la gran cantidad de armamento nuclear acumulado y el solo hecho de pensar en la brusca liberación de toda esa inmensa energía, capaz de hacer volar en pedazos todo el continente Antártico, con la inevitable secuela de terremotos y maremotos en el cono sur de América, me llenó de espanto. Pensé que de un momento a otro debería producirse una explosión aún mayor que las anteriores, cuyos efectos llegarían seguramente a miles de metros de altura. Pensando en ello urgí a Kurt a salir de aquella área cuanto antes, pero éste no atendía mis ruegos y continuaba volando en círculos. Bastante rato me llevó comprender que Kurt no compartía mis temores y ello, porque abajo ya habían cesado las explosiones y la superficie antártica de esa parte del continente helado estaba adquiriendo una nueva forma, porque ahora un turbulento mar ocupaba el lugar que antes tenía el suelo rocoso y cubierto de hielo. El océano había ahogado los restos de la base "Sigfrido" y gracias a eso gran parte de las explosiones se sucedieron bajo las aguas, amortiguándose así sus efectos en la superficie terrestre. Si no hubiera sucedido así, estoy cierto que esta narración jamás habría existido.

Por fin nós alejamos de aquella área. Atrás quedaba,

una vez más, el recuerdo de Hitler y sus seguidores, sepultados en el fondo del mar antártico, convertidos en nada, porque lo más probable es que se volatizaron, a causa del enorme calor provocado por la fantástica liberación de energía en las explosiones jamás sentidas en el globo terráqueo. La base "Sigfrido" había desaparecido.

Paul Kühnert también había desaparecido.

Con gran tristeza recordé al amigo sin par, a quien conocí en momentos tan difíciles. Paul había dado su vida en tributo a la verdadera amistad. En silencio me hice el juramento de resaltar, algún día, el sacrificio del noble anciano, en cuyo seno anidaban las más hermosas virtudes que pueden adornar al ser humano. Su ejemplo lo llevaría siempre grabado en mi recuerdo, para adaptar mi espíritu a ese molde digno de imitarse.

Respiré aliviado cuando comprobé que estábamos alejándonos rápidamente del área donde se había producido la espantosa hecatombe. Ignoraba sin embargo, que el destino aún me tenía reservada otra sorpresa, todavía más desagradable y terrible.

Quizás para ver por última vez lo que quedaba del mundo de pesadilla que habíamos dejado atrás. Kurt giró su cabeza; fue entonces cuando ví que de las comisuras de sus labios caía sangre. Asustado, recorrí su cuerpo con mi vista y con pavor descubrí sus ropas ensangrentadas, a la altura de su abdomen. Haciendo un gran esfuerzo y con voz un tanto débil, me señaló que llegaríamos, a Punta Arenas, costara lo que costara.

Una vez más el espanto se apoderó de mí. Kurt se

estaba desangrando. Asimismo, note que el vuelo no era del todo perfecto, puesto que cada cierto tiempo, el avión hacía algunos virajes, para luego tomar su curso normal.

Miré hacia atrás, hacia el lugar de las explosiones. Se me erizó el cabello cuando vi que la tierra había desaparecido completamente, dejando en su lugar un inmenso mar, cuyos límites se perdían en el horizonte.

El avión volaba por sobre las nubes, rumbo al continente. Yo ignoraba la ubicación exacta de las bases militares chilenas en el suelo antártico, por lo que no podía sugerirle a Kurt que se dirigiera hacia ellas. Ignoraba asimismo si dichas bases habrían sido afectadas por el desastre de "Sigfrido". Por momentos pensé que todo el continente helado había desaparecido bajo las aguas, puesto que a medida que avanzábamos por el espacio aéreo y cuando las nubes lo permitían, lo único que veía abajo era un mar interminable.

Nos habíamos salvado milagrosamente de una muerte segura, pero ahora nuevamente el horizonte se ensombrecía para nosotros. El peligro no quería separarse de nuestro destino.

Nunca supe si fue una bala o los efectos de las explosiones la causa de las heridas de Kurt. Si fue una bala, ésta debió haber penetrado la estructura del avión, más abajo del tablero de comando. Recordé aterrado las ráfagas de ametralladoras que nos hicieron los centinelas de las rampas de la base "Sigfrido", cuando escapábamos.

Aterrado, empecé a orar para que el tiempo avanzara lo más pronto posible, para llegar pronto a Punta Arenas;

pero parecía que las horas se habían detenido como por arte de magia.

Bajo nosotros, el mar gris, inmenso, misterioso y profundo. Yo sabía que allí no había sitio para la vida humana, puesto que un hombre que cayera a aquellas aguas no tardaba más de un par de segundo en morir. Muerte atroz para los desgraciados que allí cayeran.

El avión parecía descender y Kurt se mostraba cada vez más falto de fuerzas para gobernarlo, debilitado por la pérdida de sangre.

Para mayor desgracia, yo no tenía ni la más remota idea de los controles de un avión, menos aún de una máquina de este tipo. Si ni siquiera me había acercado a ellos con anterioridad.

Un leve alivio sentí cuando el avión, sin saber por qué, enderezó su rumbo, estabilizándose.

Seguimos volando y avanzando más y más. Por entre los claros que dejaban las nubes, podía ver el mar, siempre el mar, abarcándolo todo. No sé por qué, pero noté que la velocidad disminuía, muy levemente, pero ya no era la misma de antes. Para colmo, el avión nuevamente inclinaba su nariz.

Ahora la nave descendía cada vez más y pronto quedamos bajo las nubes. Entonces pude ver tierra.

El mar había quedado atrás y ahora se presentaba el primer pedazo de tierra del continente sudamericano, el extremo del sur de Chile. Ignoraba el lugar exacto en que estábamos volando, pero me imaginaba que volábamos

muy cerca de Punta Arenas. El avión estaba perdiendo altura peligrosamente. El terror llegó a límites extremos cuando, dirigiendo una mirada hacia atrás, vi que la nave despedía una gruesa estela de humo negro a medida que avanzaba. No cabía duda que la nave también había resultado dañada y en esas condiciones el aterrizaje sería muy difícil, por no decir imposible. Eso significaba que quedaba muy poco tiempo para que chocara con la tierra o estallara en el aire.

Había que hacer algo, pero, ¿cómo? Como si esto fuera poco, la salud de Kurt había empeorado notablemente, ya que cabeceaba de un lado a otro. Luego su cabeza cayó sobre sus hombros. Había muerto.

Quise gritar a todo pulmón para espantar el miedo, pero no pude hacerlo. Estaba como petrificado por un terror indescriptible, porque una vez más me encontraba cara a cara con la muerte, con una muerte que sería espantosa, aún cuando fuera muy rápida. Mi fin había llegado, cuando ya creía que había sorteado con éxito todas las dificultades y obstáculos creados por un destino que se empeñaba en atraparme en un mundo de pesadilla y de muerte.

Aunque con dificultad, el avión todavía continuaba avanzando a una respetable velocidad. Abajo, la superficie aparecía como un verdadero rompecabezas, formado por el mar grisáceo y un sinnúmero de islas e islotes. Después del enjambre de islas, apareció un ancho brazo de mar; terminado éste, nuevamente apareció la tierra firme.

Por mis conocimientos de geografía, calculé que

acababa de quedar atrás la Isla Clarence, junto con el Estrecho de Magallanes y ahora la nave volaba sobre la Península de Brunswick. Abajo, lejos, pude ver unas construcciones sobresaliendo en la verde vegetación, que por su forma semejaba en mucho el Fuerte "Bulnes". De ser así, estaba muy cerca de Punta Arenas, a no más de 50 kilómetros. El bravo Kurt era un gran piloto que se conocía al dedillo las rutas aéreas. Gracias a su pericia el avión se había dirigido directamente hacia el punto deseado, es decir, Punta Arenas.

Pero ahora me encontraba solo en el avión. De mi sangre fría dependía mi propia salvación, así, porque había una esperanza de salvar la vida, aunque parecía remota. Tenía que saltar de aquella nave condenada y tenía que ser cuanto antes. Para ello debía dominar, aunque fuera en parte, el miedo atroz que me aplastaba. Recordé las rápidas instrucciones dadas por Paul Kühnert, antes de abandonar la base "Sigfrido". En el nerviosismo había olvidado cual era el botón que debía presionar para activar el asiento eyectable. Opté por tocar todos los botones que tenía al frente. Sin saber como, conseguí abrir la carlinga, frente a mi asiento. De inmediato penetró como una tromba el gélido viento antártico.

Al penetrar el aire al interior en forma tan repentina y abundante, provocó que el avión desviará su curso y realizara un amplio círculo. Con esta maniobra el avión volvía hacia atrás, por la misma ruta que había iniciado en el continente helado, con la diferencia que ahora su nariz se inclinaba más y más hacia abajo.

Nervioso, continuaba presionando botones y

moviendo palancas. De pronto, sin saber qué había tocado, salí disparado desde la aeronave. Me pareció haber recibido un violento latigazo y sentía mi cuerpo como dividido en dos.

Un fuerte tirón a la cintura me provocó un dolor espantoso. Fue tan intenso el dolor que creía que todos mis huesos se habían fracturado. Segundos después, ya estabilizado, flotaba a una gran altura. El paracaídas se había habierto.

Poco a poco fui sintiendo los efectos del frío aire propio de aquellas regiones australes. Al fuerte dolor que sentía en mis huesos, se unía ahora el tormento del frío. Noté que me estaba congelando.

El dolor y el frío hicieron que poco a poco fuera perdiendo el tiempo, no sin antes ver cuando el avión, que iba dejando tras sí una espesa estela de humo negro, se hundía en el mar, en una apagada explosión.

Instantes después perdía completamente el conocimiento.

Salvación milagrosa:

Cuando recobré el conocimiento, estaba muy cerca del suelo. Abajo podía ver algunos árboles dispersos y grandes claros cubiertos de pastizales, que semejaban una extensa alfombra verde.

Caí en medio de unos tupidos arbustos, que me ayudaron enormemente a amortiguar la caída. No tenía ningún hueso roto y eso me alegró mucho.

Con calma me quité el paracaídas, el equipo y el traje que me había colocado en la base, antes de partir. Después los doble y enrollé con cuidado y los dejé en el mismo lugar, debido a su peso y porque abultaban demasiado. Por el momento, mi único deseo era saber exactamente el lugar en que me encontraba y llegar cuanto antes a la ciudad.

Para orientarme no tuve problemas, puesto que había caído muy cerca del mar. Por eso opté por caminar por sus orillas, en busca de alguna vía que me sirviera para desplazarme con mayor facilidad.

Felizmente, al poco rato di con un camino de tierra, con evidencias de ser transitado con cierta periodicidad por vehículos motorizados. Este hallazgo me hizo alegrarme, puesto que de ser ciertas mis apreciaciones, no tardaría en pasar por allí algún vehículo y podría contar con su ayuda para llegar a la ansiada ciudad de Punta Arenas.

Una vez más había vencido al destino. Estaba salvado providencialmente.

Cansado, me senté a la orilla del camino. No sabía si reír o llorar. Con toda calma hice un recuerdo de todos los acontecimientos, desde que se habían iniciado, allá, en Curicó, hasta ahora. En todos ellos aparecía, nítida, la figura de Kurt, junto a Paul. Su solo recuerdo me hizo llorar. Largo rato di rienda suelta al llanto. Lloré amargamente.

Los designios del destino son inescrutables. Dos héroes habían ofrendado sus preciosas vidas y sus almas se habían elevado a la gloria en aquellas heladas aguas del Polo Sur. Dos grandes hombres terminaban de rendir el último tributo a sus ideales de nobleza, para que otros pudieran vivir. Habían salvado a la Humanidad.

Este sublime sacrificio de dos nobles vidas no podía quedar olvidado en el tiempo. Yo, el único testigo, salvado gracias al valor de ellos, tenía, a partir de ese momento, la obligación moral de dar a conocer su inmólación, para el agradecimiento y ejemplo de las generaciones futuras. Los nombres de Kurt Bodenschatz y Paul Kühnert quedarían grabados en mi recuerdo, como dos faros luminosos, encendidos en una tormentosa noche, allá en el confín del mundo, en plena Antártica.

El mar, respetuoso recogió lo que quedaba de los restos mortales de estos dos valientes y los envolvió en los pliegues de sus olas, para depositarlos, respetuoso, en las profundidades, junto a los pies de Poseidón, en una fúnebre ceremonia, destinada exclusivamente a los inmortales.

Largo rato lloré a mis dos amigos. Luego, sin darme cuenta, me fui durmiendo poco a poco.

Desperté cuando alguien me sacudía con cierta violencia. Al abrir los ojos, vi un jeep detenido a mi lado. Había empezado a llover y yo no lo sentía, por estar completamente dormido. Estaba confundido y lo único que atinaba a repetir era que quería llegar a Punta Arenas.

Ya en el interior del vehículo, me di cuenta que mi salvador era un hombre de pelo cano, de unos 60 años. Me hizo algunas preguntas que yo, en la confusión, no sé si las respondí o ignoré. Tan agotado me encontraba, que al poco rato me quede dormido en el confortable asiento del vehículo.

No sé cuánto tiempo pasó ni qué sucedió en el trayecto, hasta que fui despertado frente a un edificio de departamentos. Había llegado a la ciudad; podía ver sus veredas y calles completamente mojadas por la lluvia y restos de nieve. Aquí la lluvia se dejaba caer sin misericordia.

El buen hombre que me había recogido me hizo pasar rápidamente a su departamento, después de haber estacionado su vehículo. Una dama de distinguido aspecto salió a recibirnos y después de una breve presentación, pasé al comedor. Fui invitado a tomar un trago y luego a saborear un succulento plato. Ya reconfortado, me identifiqué ante aquel buen matrimonio, pero evitando en todo momento informarles el real motivo por el que había llegado al lugar desde donde fui recogido, ni menos aún la fantástica aventura que acababa de vivir. Estime que no era el momento adecuado y propicio para ello.

El amable matrimonio estaba realmente intrigado por mi presencia en esa región austral. Para satisfacerles

su curiosidad, me adelanté a las inevitables preguntas que veía venir, informándoles que yo era curicano y que a Punta Arenas había llegado solo y por mis propios medios, con el fin de conocer sus bien ponderadas bellezas naturales y sus lugares históricos, destacando entre estos últimos el famoso "Fuerte Bulnes", debido a que allí, en el mismo sitio, ubicado en las costas orientales de la Península de Brunswick, se levantó en 1584, una historia que la Historia conoció con el tristemente célebre nombre de "Puerto de Hambre".

La facilidad con que estaba tejiendo hechos que en nada se ajustaban a la realidad, me asombraba más a mí que a mis oyentes. Mayor fue mi asombro cuando comprobé que mi inventada narración los dejaba satisfechos.

Luego la conversación giró en torno a mi ciudad natal, Curicó, conocida como la "ciudad de las tortas". Con indisimulado interés atendían las descripciones que les hacía de mi querida providencia.

Una vez que terminé la comida, fui invitado a reposar, atención que rechacé gentilmente, manifestándoles que mi mayor deseo era regresar cuanto antes a mi hogar. Felizmente, en mis ropas conservaba todos los documentos personales, entre ellos, la tarjeta que me permitía retirar dinero desde cajeros automáticos del banco donde tengo mi cuenta corriente.

Como último favor, rogué al dueño de casa que me trasladará hasta el aeropuerto

En la tarde de ese mismo día tomé un vuelo hasta la ciudad de Concepción. De allí continué el viaje en bus;

durante casi toda la noche viajé y al día siguiente, muy de madrugada, llegaba a mi querida casuca, en Curicó.

Había estado fuera de mi casuca apenas dos días, pero a mí me parecieron una eternidad.

Había pasado, en verdad, trances pavorosos y ahora estaba renaciendo a la vida.

Después de un reconfortante desayuno, me encerré en mi cuarto privado y fumé largo rato. Tranquilizado, ordené mis ideas y recordé a los dos grandes amigos que el destino había tenido a bien ponerlos en mi camino, para que conociera y viviera sus cualidades; no pude evitar las lagrimas por Kurt Bodenschatz y Paul Kühnert.

Descansé y luego salí a la calle, porque ansiaba respirar el aire de mi tierra, esa bendita tierra de Curicó que me vio nacer. Ahora la amaba más que nunca, puesto que había experimentado en carne propia la nostalgia que se siente cuando se está lejos, muy lejos, de ella, sin esperanza alguna de regresar.

Espero que el destino sea siempre benevolente conmigo y me permita, al término de mis días, dejar mis huesos en este terruño que tanto quiero.

Me acerco a un kiosko de revistas y un diario trae a mi memoria los pavorosos recuerdos:

"Violento sismo en la Antártica.- Fenómeno se dejó sentir en un área de miles de kilómetros.- No hay daños ni desgracias humanas".

Y aquí termina esta historia, tan extraña, tan inverosímil, que para no aumentarle en lo más mínimo el aire novelesco que ya tiene de por sí, la he narrado con extremada sencillez.

Los hechos narrados sucedieron hace dos años a la fecha. Desde entonces la voz de mi conciencia no cesó de recordarme el compromiso moral que tenía para con mis amigos Kurt Bodenschatz y Paul Kühnert, por el sacrificio heroico que hicieron al inmolar sus preciosas vidas, para mi salvación y la de toda la Humanidad.

Hoy cumplí con ese compromiso y mi conciencia está tranquila.

—oOo—

